

PUNTO
ROJO



ANOCHÉ VI UN ESPECTRO

keith luger



Patsy Leeds vio el andén de la estación de Bedford a través de la fina lluvia.

El andén estaba desierto.

Nadie había ido a recibirla, pero eso era lógico, puesto que no había anunciado su viaje.

El hombrecillo que la había ayudado, transportándole la maleta hasta la plataforma, carraspeó por detrás de ella.

—¿No ve a ningún familiar?

Publicada por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 84 en el año 1963.



Keith Luger

Anoche ví un espectro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1284

ePub r1.0

LDS 06.06.18

Título original: *Anoche ví un espectro*
Keith Luger, 1975
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



5

1000

CAPÍTULO PRIMERO

Patsy Leeds vio el andén de la estación de Bedford a través de la fina lluvia.

El andén estaba desierto.

Nadie había ido a recibirla, pero eso era lógico, puesto que no había anunciado su viaje.

El hombrecillo que la había ayudado, transportándole la maleta hasta la plataforma, carraspeó por detrás de ella.

—¿No ve a ningún familiar?

—No, señor, pero no tardarán en llegar —mintió Patsy.

—Oiga, ¿está segura de que quiere quedarse en Bedford...? Yo voy a Centerville. Sólo está a sesenta millas de aquí. Soy dueño de un hotel, ¿sabe? Puedo alojarla esta noche.

Patsy había comprendido las intenciones de aquel hombre desde el primer momento, y, naturalmente, no estaba dispuesta a aceptar su oferta.

—Es usted muy amable, pero ya le he dicho que no tengo planteado ningún problema.

—Como quiera, yo sólo pretendía ayudarla.

Patsy le dedicó una sonrisa y tomó su maleta.

El tren se detuvo.

—Buen viaje, señor Ruggles —dijo la joven.

—Borges, señorita Leeds. Recuerde. Hotel Borges. Calle Lincoln, en Centerville. Cuando quiera comprarse un vestido o unos zapatos,

tendrá que ir allí.

—¿No hay tiendas en Bedford?

—Oh, sí —sonrió el hombrecillo—, pero esto es un pueblo. Todas las mujeres de Bedford se visten y calzan en Centerville. Usted también debe ir allí si quiere vestirse y calzarse —marcó mucho las últimas palabras, y Patsy, instintivamente, se miró por si acaso había olvidado ponerse la ropa. Pero tenía puesta hasta la gabardina.

Bajó al andén y en ese momento un hombre salió de las oficinas de la estación, cubriéndose con un paraguas, y tocó la campana.

El convoy reemprendió la marcha.

Patsy miró al hombrecillo que estaba agitando la mano, despidiéndose, pero ella le dio la espalda para demostrarle que no le habían interesado lo más mínimo sus noticias con respecto a Centerville.

El hombre del paraguas se había quedado junto a la campana.

Patsy echó a correr hacia él.

—Buenas tardes.

El empleado era carirredondo, de boca carnosa, y sólo movía el ojo izquierdo. El derecho estaba fijo. Parecía sentirse un poco asombrado de que del tren hubiese bajado un viajero. Todavía no había abierto la boca.

Patsy se sintió momentáneamente fascinada por el ojo y tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada.

—Disculpe, mi nombre es Patsy Leeds.

—Tendrá que esperar, señorita.

—¿Esperar?

—Lewis Holden sólo trae su coche dos veces, por la mañana a las once y por la tarde a las ocho. Si quiere ir hasta el pueblo con Lewis entre en la sala de espera de viajeros. En el tren en que usted ha llegado nunca viene nadie a Bedford.

—¿A qué distancia está el pueblo?

—A tres millas, pero la carretera es polvorienta y ha estado lloviendo todo el día. No piense ir allí andando. Se pondría perdida de barro.

—¿Y el cementerio?

—¿Eh?

—¿A qué distancia está el cementerio?

El empleado había parpadeado mucho con el ojo izquierdo, pero el derecho seguía completamente inmóvil, y Patsy ya no tuvo ninguna duda de que era de cristal.

—¿Qué le pasa, señorita? ¿Por qué me mira tanto ese ojo? Fue un accidente, ¿sabe?

—Perdone, no lo pude remediar...

El empleado se tocó la frente.

—Pude morir... En el accidente hubo cuatro víctimas. Yo me libré. Por eso estoy aquí ahora de jefe de estación... Preguntó por el cementerio de Bedford, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para qué quiere ir al cementerio con un tiempo como éste?

—Necesito ir allí.

—Ya, tiene algún ser querido descansando en el cementerio de Bedford y ha venido para visitar su tumba.

—No es exactamente eso... Verá, señor...

—Mi nombre es Garfield, Clark Garfield.

—Señor Garfield, tengo a mi tío en el cementerio de Bedford.

—Quizá yo lo haya conocido. Conozco a muchas de las personas a quienes enterraron allí. Llevo ocho años en la estación y antes estuve empleado en la línea.

—No, señor Garfield, mi tío no está enterrado en ninguna fosa. Está vivo. Es el cuidador del cementerio.

Garfield se quedó unos instantes con la boca abierta, y observó con más atención a la joven.

—De modo que es la sobrina de Jack O'Malley...

—Sí, señor.

—No sabía que Jack O'Malley tuviese ninguna sobrina... Nunca habló de ello. Aunque es admisible.

Patsy se preguntó por qué el señor Garfield hacía el análisis de las posibilidades de su tío Jack para tener una sobrina.

—Dígame, señor Garfield —repitió Patsy con paciencia—, ¿cómo puedo ir al cementerio?

El empleado que había sufrido un accidente ferroviario se rascó el mentón con el dedo índice.

—Eso es un poco difícil.

—¿Por qué? ¿Está tan lejos?

—No, sólo se encuentra a unas cuatro millas de Bedford.

—Entonces Lewis me puede llevar.

—No querrá.

—¿Por qué no?

En aquel momento se oyó el ruido de un motor.

A lo lejos avanzaban dos faros. Los haces de luz eran traspasados como agujas por millares de gotas de agua.

—Será mejor que el propio Lewis conteste a su pregunta, señorita. Parece que hoy adelantó su llegada.

El automóvil se detuvo junto al andén.

Los faros se apagaron y un hombre salió por la portezuela, avanzando hacia el lugar donde se encontraban Clark Garfield y Patsy.

Lewis Holden era un hombre de unos cincuenta años, de piernas estevadas, ojos pequeños, nariz aguileña. Le hacía falta un buen rasurado.

—Hola, Garfield —saludó.

—Ésta es la señorita Leeds, Lewis. Dice ser la sobrina de Jack O'Malley.

Patsy se sintió irritada contra el jefe de estación. Seguía poniendo en tela de juicio que Jack O'Malley pudiese tener una sobrina. Sin embargo, sonrió a Lewis.

—Encantada de conocerlo, señor Holden.

Lewis se limitó a hacer una inclinación con la cabeza.

Garfield intervino de nuevo.

—La señorita Leeds quiere ir al cementerio.

—¡Eh! —Gruñó Lewis, y miró a la joven como si se tratase de un bicho raro.

—Espero que no tendrá inconveniente, señor Holden —repuso Patsy.

Lewis se masajeó el maxilar inferior.

—Verá, señorita Leeds. Mi coche sólo presta servicio entre la estación y Bedford.

—Al parecer, no vienen muchos viajeros a Bedford... ¿Cómo puede ganarse la vida haciendo dos viajes desde la estación al pueblo?

—Voy a otras partes.

—Muy bien, señor Holden. Yo quiero ir al cementerio.

Holden se rascó una patilla y movió los pies nervioso.

—Oiga, señorita, soy un tipo a quien imponen esas cosas, quiero decir el lugar donde están los muertos... Usted dirá que es superstición, y es muy libre de pensar lo que quiera, pero prefiero no ir.

—Usted realiza un servicio público, se dedica al transporte de viajeros...

—Sí.

—Y yo quiero ir al cementerio de Bedford. Siento mucho que sea usted supersticioso, pero no tendrá que esperar allí. Sólo tendrá que dejarme.

—¿Quiere decir que se quedará en el cementerio?

—Sí, me quedaré. ¿Tiene algún inconveniente?

Lewis rezongó por lo bajo.

—Está bien, señorita. La llevaré... Tenía que ocurrirme hoy... ¿Sabe qué día es hoy...? Trece... ¡Es trece!

Le quitó a Patsy la valija de la mano y marchó hacia el coche.

—Tuvo suerte, señorita Leeds —dijo Garfield—. No creí que Lewis consintiese en llevarla. El año pasado murió un hermano suyo y tampoco fue al cementerio.

—Gracias por su ayuda, señor Garfield —dijo Patsy, y echó a andar tras de Lewis.

Cuando se encontró a cubierto, en el asiento posterior del automóvil, Holden volvió la cabeza.

Había contenido a duras penas su irritación.

—¿Qué le parece esta idea, señorita? Yo la llevo a un hotel de Bedford. Mañana hará un buen día, lo oí por la radio. Podrá ir al cementerio dando un paseo. Contemplará los bonitos alrededores que tenemos aquí.

—Perdone, señor Holden, pero quiero ir al cementerio. Ahora — pronunció la última palabra dándole toda la sonoridad que pudo.

Lewis dio un suspiro.

—Está bien, vamos al cementerio.

El vehículo arrancó tan bruscamente que Patsy emitió un grito al golpear contra el respaldo.

Ahora empezó a llover con más fuerza.

—No sabía que Jack O'Malley tuviese una sobrina.

—Al parecer no se lo dijo a nadie.

—Su tío es un hombre de pocas palabras, señorita Leeds... Ése es un motivo para que no resulte muy simpático a la gente de aquí.

—Quizá eso ocurre porque es cuidador del cementerio y los ciudadanos de Bedford son tan supersticiosos como usted.

Holden emitió un gruñido por el sesgo de la boca.

—Sí, quizá sea eso.

La lluvia repiqueteaba con fuerza sobre el techo del automóvil.

Holden soltó una maldición cuando las ruedas pasaron por un bache demasiado profundo. La carrocería crujió metálicamente, y Patsy dio un salto tocando el techo con la cabeza, pero el golpe fue suave.

—Disculpe, señorita Leeds. ¿Lo ve usted...? Nunca me meto en ese hoyo y me he metido esta noche.

—Porque va al cementerio.

—Lo crea o no, es así. Cuando uno hace lo que no debe, le persigue la mala suerte. Ya estoy deseando llegar.

—Yo también, señor Holden, se lo aseguro.

Patsy vio unas luces a la izquierda.

—¿Es ése el pueblo?

—Sí, pero hemos de seguir por otro camino.

Un poco más allá, Holden hizo girar el volante.

Patsy vio un camino flanqueado por cipreses. Estaba solitario y, bajó los focos y la fina lluvia, tenía un aspecto lúgubre.

Holden se puso a silbar, y Patsy supo que lo hacía para disimular el miedo.

De pronto, por el cielo cruzó un rayo, justo delante del vehículo, y seguidamente llegó el trueno ensordecedor, casi brutal.

Holden dio un respingo y frenó bruscamente.

—Maldita sea... Tenía que descargar la tormenta cuando llegase al cementerio.

—Todavía no llegamos.

—¡Pero estamos en el camino que conduce a él...! Oiga, señorita, ¿no puede seguir usted sola...? Apenas tiene que recorrer una milla.

—¿Una milla bajo esta lluvia...?

—Está bien, está bien, la llevaré... ¿Y sabe lo que haré luego? Me beberé una botella de *whisky* y me iré a la cama.

—Métase en la cama con la botella.

—¿No tiene miedo?

—No, señor.

—Entonces, usted no es una mujer.

—¿Es que no tiene ojos en la cara, señor Holden? —Patsy inspiró profundamente y alzó la barbilla.

Holden la estaba mirando por el espejo retrovisor y tuvo oportunidad de saber que su cliente era mujer.

—Oiga, no lo decía por eso...

—Entonces, siga adelante.

—Mire, señorita, le iba a cobrar dos dólares por llevarla...

—¿Dos dólares por recorrer cuatro millas?

—Pero se lo dejaré en nada si baja aquí.

—No, señor Holden. No me convencerá. Y en cuanto a pagarle dos dólares, estoy dispuesta a denunciarlo.

—¿Qué habré hecho yo, Dios mío, para merecer esto...? Justamente hoy, día trece.

—Deje de refunfuñar. Cuanto antes lleguemos, más pronto podrá marcharse a por su botella de *whisky*.

El vehículo se deslizó de nuevo por el camino flanqueado por los cipreses.

Poco después, Holden hizo girar el volante y los haces luminosos dejaron ver los muros blancos y la puerta de barrotes del cementerio.

—¿Ve usted, señor Holden? —dijo Patsy con satisfacción—. No ha pasado nada.

—Todavía no hemos llegado.

—Pero ¿qué espera usted que pase? ¿Quizá que le abra algún muerto?

—¡No los nombre, señorita! ¡Por lo que más quiera...!

—Está bien. Me callaré.

Holden detuvo el coche mucho antes de llegar a la puerta enrejada.

—¿Dónde está mi tío?

—En la casa, ahí dentro.

—¿Hay algún timbre para llamar?

—No lo sé.

—Haga sonar el claxon entonces.

Holden obedeció, pero los bocinazos fueron enmudecidos por otro trueno.

—Hoy no llego a casa... Ha de pasarme algo... ¿Por qué no hice caso a mi vecino...? El señor Smith me dijo cuando salí esta mañana: «Hoy es día trece. Cómprate una buena pata de conejo». Y estúpido de mí, no tuve en cuenta su consejo. Hasta me reí... Sí, señorita... Me reí...

—¿Quiere hacerlo sonar otra vez?

Ahora los bocinazos fueron perfectamente audibles, al menos para ellos dos.

Un diluvio caía del cielo, pero nadie acudía a la verja.

—Está bien, señor Holden, yo misma iré.

Patsy se armó de valor y abrió la portezuela.

Una racha de viento y agua la azotó. Apretó los maxilares con firmeza y saltó fuera.

En un momento el agua cayó sobre ella como si estuviese bajo una ducha. Pegó un envión a la portezuela y echó a correr hacia la verja, pero de pronto tropezó con algo que había en el suelo y se derrumbó. Al caer se golpeó en la cadera. Fue a parar a un charco porque en aquel lugar el terreno formaba una pequeña depresión.

—¡Señor Holden! —llamó.

Se abrió la portezuela, y Holden salió dándose a todos los diablos.

—¿Qué infiernos le pasa ahora, señorita Leeds?

—Me caí.

—Y usted no era supersticiosa. ¿Qué dice ahora?

—Deje eso y ayúdeme a levantarme.

—¿Por qué infiernos no aceptó mi idea de alojarse en Bedford hasta mañana?

Holden la ayudó a levantarse. Estaban muy cerca de la verja.

De pronto se iluminó y ahora los dos a una lanzaron un grito al ver al hombre que había a la otra parte, tras los barrotes. Un hombre que los miraba inmóvil, con los ojos desorbitados.

CAPÍTULO II

—¡Es un muerto! —exclamó Holden.

—¿Qué dice? —repuso Patsy—. Los muertos no están vivos...

Al cesar el resplandor del rayo, la verja había quedado oscurecida.

Holden daba diente con diente.

Entonces Patsy se dio cuenta de que él la estaba abrazando.

—Eh, suélteme, no se aproveche.

—¿Quién piensa en eso, señorita Leeds...? Soy un hombre que está de vuelta de todo.

—Podría estar de vuelta de lo que ocurre en un cementerio.

—Marchémonos de aquí cuanto antes... Pero déjeme un poco de tiempo para que pueda mover las piernas.

—Eh, sigue ahí —dijo Patsy, que vio el contorno de la figura tras los barrotes—. Pero ese hombre no es mi tío.

—Claro que no. Es un esqueleto.

—No diga tonterías. Sus huesos están llenos de carne. Lo he visto perfectamente. Fíjese bien.

Holden volvió la cabeza hacia el lado contrario.

—¡No quiero verlo! ¡No lo veré más!

—De acuerdo. Seré yo quien mire.

De nuevo el escenario fue iluminado por un relámpago.

—¿No se lo decía yo, señor Holden? Es un hombre como usted... y nos está haciendo señas. Hemos de acercarnos.

—¿Acercarme yo ahí? ¡Ni lo piense! Vaya usted si quiere por su cuenta.

—Pero usted debe conocer a ese tipo... Es alto, mide casi un metro ochenta. Es de cabeza redonda, el cabello cortado a cepillo. Tiene la boca abierta, como si quisiese decir algo y no pudiera...

—¡El Mudo...! ¡Es Andy!, el empleado de su tío.

—De modo que usted sabe que mi tío tiene un empleado y se ha puesto a temblar como un chiquillo...

Holden sacó un pañuelo. Su cara estaba mojada. El sudor y la lluvia se mezclaban sobre su piel.

—¿Cree que yo podía acordarme, cuando vimos al tipo, de que su tío tenía un empleado?

—Acerquémonos.

—Usted irá sola.

—Pero yo no puedo entenderme con el mudo. Imagino que si le llaman el Mudo es porque no puede hablar.

—Exactamente.

—Usted lo conoce, Holden. Dígale quién soy. ¿O es que también es sordo?

—Sólo es mudo, de modo que la puede entender muy bien. Creo que ya empieza a sentir miedo, ¿eh, señorita Leeds?

Patsy hizo un gesto de rabia y echó a andar hacia la verja.

Pudo ver la cara de Andy.

Sintió un estremecimiento porque él la estaba mirando a su vez con aquellos ojos grandes y saltones.

—Hola, Andy. Yo soy Patsy Leeds, la sobrina de tu patrón.

Andy no se movió.

—¿Está mi tío en la casa?

Andy estaba absorto, observando la cara femenina.

—Andy, me estoy mojando —le recordó Patsy con voz suave—. Debo entrar ahí. Anda, abre.

Andy movió la cabeza de arriba abajo y se puso a abrir la puerta.

Patsy se volvió.

—Eh, señor Holden. Traiga aquí mi maleta.

Holden soltó una retahíla de maldiciones, pero fue al coche y regresó con la maleta.

Andy ya había abierto la puerta.

Holden se detuvo de pronto al ver al mudo, dejó la maleta en el suelo, y echó a correr hacia el automóvil.

—¡Eh, señor Holden! —gritó Patsy—. ¡Ha de cobrarme los dos dólares!

—¡Se los perdono, señorita Leeds!

Holden entró en el coche, hizo describir a éste una vuelta a velocidad vertiginosa, haciendo crujir los neumáticos, y salió disparado por el camino de Bedford.

Las luces del automóvil desaparecieron y el ruido del motor fue ahogado por el golpeteo de la lluvia.

—Pobre hombre —dijo Patsy—. Ha recibido una fuerte impresión.

Escuchó un gruñido. Era Andy. La estaba invitando a entrar con la mano.

Patsy atrapó la maleta y se dirigió hacia la puerta.

A la luz de un relámpago, vio las tumbas, cruces y losas de mármol bañadas por el agua.

Andy se apartó para dejar paso a Patsy y ésta siguió andando hacia la casa que había descubierto a la derecha.

Oyó ruido a su espalda. Andy estaba cerrando la verja con la llave. Luego el mudo corrió hasta darle alcance y le quitó la valija de un tirón.

—No hace falta que te molestes, Andy.

El mudo le contestó con una sonrisa. Arrojó la maleta al aire y la tomó con un solo brazo.

—Oh, sí, Andy, eres un tipo con mucha fuerza.

Andy dejó la maleta en el suelo y alargó las dos manos para tomarla en brazos, pero Patsy retrocedió.

—Oh, no, Andy, sé que eres muy fuerte y también a mí me podrías lanzar al aire y atraparme con tus manazas. Pero me golpeé en la cadera y no estoy para ciertos ejercicios. Lo dejaremos para otro día.

Llegaron ante la puerta de la casa después de subir una escalera de tres peldaños.

Patsy vio puesta una llave en la cerradura y le dio la vuelta.

—¡Tío Jack! —dijo entrando.

Se encontró en una habitación donde había una mesa y unas sillas.

Al fondo era visible una escalera de caracol que debía conducir al piso alto.

—¡Tío Jack! —replicó Patsy. Y se volvió hacia Andy, que continuaba con la valija en la mano examinando atentamente a la joven—. ¿Es que no está tío Jack?

Andy estaba abstraído y no le contestó, pero en aquel momento se oyó crujir un somier en lo alto. A continuación, unos pesados pies se arrastraron por el suelo, y crujieron los peldaños de la escalera de caracol.

Jack O'Malley era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de fuerte complexión, cara ancha, donde brillaban dos ojos de color negro. Se cubría con un jersey de cuello alto, redondo, pantalones de pana y calzaba sandalias.

—¿Quién eres tú? —rezongó.

—¿No me recuerdas, tío Jack? Soy Patsy Leeds, tu sobrina, la hija de tu hermana Helena.

—¿Helena...? Murió hace doce años... De modo que tú eres su hija... No recordaba que hubiese tenido una hija.

—Creí que ella te lo habría escrito.

Jack soltó una risita.

—Helena y yo jamás nos escribimos. ¿Y tu padre?

—Murió antes que ella...

—Ya. Creo que era pintor.

—Sí.

—Un tipo chiflado... A Helena siempre le dio por esas cosas.

Tío Jack seguía en la escalera, pero ahora bajó dos peldaños.

—Eres una chica muy mona.

—Gracias, tío Jack.

—Estás de paso por aquí y te llegaste a hacerme una visita...

—No, tío Jack... No fue eso. Fue intencionadamente. Necesitaba llegarme a Bedford.

—¿Sí...? No me irás a decir que por conocerme.

—Bueno, tío Jack, eso se da por descontado.

—Pero hay otro motivo, ¿verdad, sobrina?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Tenía que refugiarme en algún sitio donde no me conociesen.

—¿Por qué tienes que refugiarte?

—Por la policía.

O'Malley se echó a reír.

—De modo que tengo una sobrina delincuente.

—No es eso.

—Eh, oye, ¿quieres volverme loco? Acabas de decir que necesitabas un refugio y que la policía te persigue.

—Sí.

—Entonces, ¿vas a decirme que la policía sólo quiere echarte la mano encima para darte una medalla y tú eres tan modesta que no la quieres...?

—Por favor, tío Jack. No seas sarcástico...

—Explícate de una vez.

—Fue por culpa de la botella.

Jack miró el vaso de *whisky* que ella sostenía con la mano.

—Ya entiendo, le das al *whisky* con demasiada frecuencia y armaste una buena en alguna parte.

—No, tío Jack, no bebo *whisky* apenas, pero tienes razón en la segunda parte. La armé.

—Continúa.

—Fue mi jefe. Le pegué con la botella en la cabeza.

—Te cansaste de que te gritase, atrapaste una botella y le atizaste.

—No, tío Jack. No fue exactamente así. Mi jefe y yo estábamos en un apartamento de un hotel cuando de pronto se presentó su

mujer. Ella me dijo que yo era una... una cualquiera.

—Ya.

—Entonces le pegué con la botella. Pero eso no fue todo. También le pegué a él.

—Sobrinita, esto es mucho peor... Así que te entendías con tu jefe.

—No. ¿Quién ha dicho eso?

—No me exasperes, nena. Tú has dicho que tú y él os llegasteis al apartamento de un hotel.

—El me llevó engañada. Me dijo que tenía una reunión con los altos directivos de una empresa. Era importante para mi jefe. De la reunión dependía un contrato de un millón de dólares... Yo debía estar allí a las ocho para tomar taquigráficamente lo que se dijese, ¿y qué fue lo encontré...?

—¡Lo de siempre! Tu jefe estaba solo y ya habían preparado la mesa, pollo, champaña, caviar...

—Sí, tío Jack. Me dijo que la reunión se había aplazado hasta las once. Dije a mi jefe que me marcharía a casa y volvería luego, pero él no me dejó. Me invitó a que cenase con él. Le contesté que no podía aceptar. Fui a marcharme, pero entonces me atrapó a medio camino de la puerta y quiso besarme. Luché con él, pero nunca me había enfrentado con un pulpo... Le habían crecido cuatro manos y ya tenía dos cuando lo conocí... Fue entonces cuando se abrió la puerta y apareció ella, la esposa. No pude contenerme cuando se puso a gritarme, a decirme que yo era esto y lo otro... Yo había ido allí engañada, mi jefe se había querido propasar y, encima de eso..., me estaban acusando de ser lo que no soy. Así que...

—Los dos botelleados.

—Sí, tío Jack. Los dejé a los dos sin conocimiento. Yo no sabía que tuviese tanta fuerza... Salí corriendo. Fui a mi apartamento y preparé la maleta. No podía quedarme allí porque pensé que quizá había matado a alguno de ellos. No me creerían si les decía la verdad de lo que había ocurrido... Entonces me acordé de ti, de que vivías en un pueblo a doscientas millas de Nueva York.

—Y decidiste por tu cuenta que te tío Jack podría echarte una mano.

—Sí.

—Me hago cargo de tu situación.

—Gracias, tío Jack.

—Pero no puedo tenerte aquí.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Ésta es una casa pequeña... No hay espacio para una mujer.

—Pero tío, yo me conformaré con poco... Ese diván que hay junto a la pared será suficiente. Además, no te molestaré mucho... Me quedaré dos o tres días nada más... pasarán enseguida.

—No, Patsy.

—Oh, tío Jack, sé cocinar, sé coser... Harás una buena inversión. Os coseré la ropa que tengáis en desuso y prepararé la comida... He seguido un curso de gastronomía...

—Oye, sobrina, no me casé porque no he querido responsabilidades en mi vida, ¿lo oyes...? ¡Y no las quiero ahora tampoco!

—Pero si ya te digo que será por poco tiempo... Tres días nada más, tío Jack, y luego me marcharé a Los Angeles.

—¿Por qué a Los Angeles?

—Está en el lado opuesto a Nueva York.

—¿Tienes dinero?

—Sólo cuatro dólares.

—¿Y cómo piensas llegar a Los Angeles?

—Haciendo auto-stop.

—Eres una chica muy voluntariosa.

—No olvidaré nunca este favor, tío Jack.

—Todavía no he dicho que te quedas. Déjame pensar, ¿quieres?

Tío Jack se movió de un lado a otro rascándose la mejilla pensativo. Por último se detuvo y miró a la joven.

—De acuerdo, Patsy. Te vas a quedar. Te quedarás tres días.

—Oh, tío Jack... Eres maravilloso.

—Yo dormiré aquí. Te cederé mi dormitorio. Está arriba.

—No, tío Jack. No lo puedo consentir.

—No discutas mis órdenes, Patsy, o te arrojo de aquí.

—Sí, señor... Me quedaré en tu dormitorio, arriba.

—Imagino que no habrás cenado. Vete a la cocina. Encontrarás en el fogón la comida. Nos sobró a nosotros.

—Te lo agradezco mucho, tío Jack.

—No me lo agradezcas. Debiste pensarlo antes de pegar los botellazos, aunque, después de todo, tú no tienes la culpa. ¿Qué podía salir de la extraña mezcla entre Helena y un pintor...?

Patsy fue a replicar irritada, pero se dijo que no debía empezar de nuevo. Cerró de golpe y se encaminó a la cocina.

El guiso que había en el fogón era de un gusto condenadamente horrendo, pero ella tenía hambre y despachó hasta la última cucharada. Luego bebió una taza de café.

Cuando regresó al vestíbulo, su tío Jack y Andy continuaban de pie.

—Anda, sube ya y acuéstate —dijo Jack—. Encontrarás sábanas limpias en un cajón del armario. Hay un pequeño cuarto de baño a la derecha.

—Gracias por todo, tío Jack.

—Ya lo dijiste antes.

Patsy se acercó a Andy, quien le sonreía mirándola con sus ojos saltones.

—También debo estarte agradecida a ti, Andy.

El mudo contestó con un gruñido y, cuando ella fue a atrapar la maleta, él se le adelantó.

—No subas con ella arriba, Andy —la voz de tío Jack sonó seca como un latigazo.

Andy pasó la maleta a la joven cuando ésta empezaba a subir por la escalera de caracol.

—Buenas noches —dijo Patsy.

El dormitorio era una pieza no muy grande. Había una cama para una sola persona, un armario, una mesilla de noche y dos sillas. Al

fondo, en la pared, descubrió una pequeña ventana. Miró por ella, pero no vio nada porque la noche era oscura como boca de lobo. Ya había cesado de relampaguear, aunque continuaba lloviendo.

Patsy decidió tomar una ducha para quitarse el barro. Más tarde, se arregló un poco frente al espejo del cuarto de baño después de haberse embutido en un camisón y finalmente se dedicó a cambiar las sábanas de la cama.

Pero no tenía sueño. Ésa era la verdad. Encendió un cigarrillo y se puso a pasear por la estancia.

Detúvose otra vez junto a la ventana.

Ya había dejado de llover y en el cielo se veían algunos trozos salpicados de estrellas. Eso era suficiente para que pudiese ver algunas cruces de las tumbas, los altos cipreses que bordeaban los pequeños senderos.

De pronto se quedó rígida al ver una sombra que cruzaba rápida por el sendero más cercano a la casa. Parecía un hombre, pero ahora ya no pudo verlo porque desapareció en la oscuridad.

Se mantuvo pensativa un instante. Finalmente, se dirigió hacia la puerta, la abrió y bajó por la escalera.

Tío Jack estaba tendido en el diván, leyendo un periódico.

—¿Qué te pasa, sobrina?

—Acabo de ver un hombre.

—¿Qué dices? Estás en el cementerio.

—Lo vi desde la ventana.

Jack se echó a reír.

—Bueno, no era ningún aparecido, ¿has olvidado ya a Andy...? Ha debido salir... A Andy le gusta pasear durante la noche por ahí. Son costumbres raras que tienen las personas. Después de todo, él trabaja en este cementerio y es lógico que no tenga miedo.

—Sí, tío —la joven sonrió—. Me quitas un peso de encima. Pensé que podría ser algún ladrón... Ya sabes, he oído que hay ladrones de cementerios...

—Oh, sí, gracias por haberme avisado, pero era Andy. Aquí no hay ladrones de cementerios...

Patsy le dio otra vez las buenas noches y subió la escalera.

Cuando iba a entrar en su cuarto oyó un ruido abajo, como el abrirse una puerta, y a continuación aquel gruñido característico de Andy.

Retrocedió hacia la escalera de caracol, bajó unos peldaños y se puso en cuclillas, tratando de ver lo que pasaba en el vestíbulo.

Su tío estaba hablando con un hilo de voz.

—¿Por qué te has levantado, Andy...? No debiste hacerlo. Ella ha creído verte... No debe saber que estás en la casa.

Patsy se sintió otra vez sobresaltada al escuchar aquellas palabras.

Andy gruñó conforme a su costumbre y luego se cerró una puerta.

Tío Jack continuó leyendo el diario, tendido en el diván.

Patsy se dirigió a la ventana de su habitación y miró fuera. No, no, ya no había nadie.

Otra vez el cielo se había cubierto de nubes.

¿Quién era el hombre que ella había visto correr desde la ventana...? ¿Y por qué su tío Jack le había dicho que era Andy, cuando el mudo continuaba en la casa?

CAPÍTULO III

—Buenos días, Andy —saludó Patsy al bajar la escalera.

El mudo estaba barriendo y se había interrumpido.

—He dormido como un tronco. Cuando desperté, vi que las saetas del reloj señalaban las nueve y media. ¿Y tío Jack?

Andy hizo una señal con la mano.

—Oh, fue a la ciudad...

El mudo, asintió con la cabeza.

—Tengo un apetito feroz —dijo la joven.

Andy dejó la escoba y fue a la cocina.

Patsy se asomó por la puerta y vio que Andy le mostraba una bandeja con tostadas y mantequilla.

—¿Lo preparaste tú, Andy?

Le contestó con una nueva sacudida de cabeza.

El café estaba en el fogón. Ella se preparó una taza. Al volverse vio que Andy seguía allí, sonriéndola.

—Eres muy amable, Andy. —Puso la taza en la mesa y preguntó sin mirarlo—: ¿Quién era el hombre que vi por la ventana anoche?

El mudo movió los pies, inquieto.

—¿Eras tú, Andy?

El mudo titubeó unos instantes e improvisó un gesto afirmativo, pero sin convicción. Luego hizo señales con la mano.

—Tienes que marcharte a trabajar. Es eso lo que quieres decir, ¿verdad, Andy?

El mudo volvió a sonreír, hizo un saludo y se marchó.

Patsy dio un suspiro y continuó desayunando. No había adelantado nada. Era una lástima que Andy fuese mudo. De otra forma, se habría valido de algún medio para arrancarle una aclaración con respecto al desconocido que había visto desde la ventana de arriba.

Lavó los cacharros y luego se puso a barrer el vestíbulo.

Cuando más abstraída se hallaba en el trabajo, oyó a su espalda una voz que la asustó.

—Hola.

Se volvió bruscamente y vio a un hombre alto, rubio, de bigote recortado. Se cubría con un traje de buen paño, camisa blanca y corbata oscura.

—Buenos días. ¿Quién es usted?

—Permítame que me presente, señorita. Soy Ralph Brisson. ¿Cómo debo llamarla yo?

—Patsy.

—¿Qué más?

—No hace falta más. Con Patsy basta.

—¿Está usted sola en la casa?

—Sí.

—Disculpe, me llegué aquí en busca de una tumba.

—Me temo que no le puedo ayudar, señor Brisson.

—Quizá sí. Imagino que en este cementerio, como en los demás, hay un registro.

—Sí, creo que sí... Quería decirle que hace poco tiempo que estoy aquí. Tendrá que esperar a que regrese mi tío. Se fue a la ciudad.

—Gracias. Voy a perder un tiempo que me es muy necesario. Sólo quería rezar una oración en el lugar donde descansa un antiguo compañero. Luchamos juntos en Corea. El fue herido en combate y, aún así, me salvó la vida. Lo repatriaron, pero me dio su dirección antes de separarnos. El era de este pueblo, de Bedford. Me enteré de que cuatro meses más tarde murió y fue enterrado aquí.

—Lo siento, señor Brisson, pero ya le he dicho que no le puedo servir de ayuda.

—¿Y si buscamos entre los dos el registro?

—A mi tío no le gustaría.

—Apuesto a que el libro registro es aquel de las tapas rojas que hay en la estantería. Es demasiado grueso para ser una novela.

La joven miró en la dirección que él le señalaba.

Dejó la escoba apoyada en una silla y se acercó al estante.

En el lomo del libro con letras de oro muy desgastadas, se podía leer: «Registro oficial del cementerio de Bedford».

—Sí, señor Brisson, creo que acertó.

—¿Sería tan amable de mirarlo, Patsy?

—¿Cómo he de hacerlo? ¿Teniendo en cuenta el orden alfabético?

—No, el cronológico. Dennis Hardie murió el cuatro de setiembre de 1951.

Patsy se puso a pasar hojas.

—Diciembre del 51, octubre, setiembre... Aquí está el 4 de setiembre, Dennis Hardie, 24 años de edad, sepultado en el Paseo de las Orquídeas, panteón familiar número 74... Ocupa el nicho número tres.

—Ha sido usted muy amable, Patsy. Ahora sólo tengo que ver dónde está el Paseo de las Orquídeas... Oh, aquí tenemos un plano.

Brisson se acercó a la pared donde estaba el plano a que se refería y pasó el dedo por el cristal.

—Paseo de las Orquídeas. Habré de recorrer unas doscientas yardas en dirección este.

Se retiró hacia la puerta para salir, pero antes se detuvo sonriendo a la joven.

—Es la primera vez que encuentro en un cementerio una muchacha tan linda.

—Al parecer, visita mucho los cementerios.

—Ingeniosa respuesta, Patsy, pero le aseguro que no soy un tipo lúgubre. Sólo vine a éste y por el motivo que le he dicho...

—Deseo que lo encuentre pronto.

—Oiga, Patsy, se me estaba ocurriendo una idea.

—¿Sí?

—¿Por qué no viene conmigo?

—¿Al panteón de Dennis Hardie?

—No, no me refería a eso. Tengo el coche fuera del cementerio. Puedo llevarla a Bedford. Imagino que allí habrá un local donde podamos almorzar juntos.

—Perdone, señor Brisson, pero no puedo aceptar su invitación.

—Qué lástima... —Brisson dio un suspiro—. En fin, quizá nos veamos algún día...

—Oh, sí, el mundo es muy pequeño, señor Brisson.

—Buena suerte.

—Lo mismo le deseo.

Seguidamente, Brisson dio media vuelta y salió de la casa.

Patsy se quedó un rato pensativa, con la mirada fija en la puerta. Ralph Brisson era un tipo muy gallardo, bien parecido, guapo, y parecía tener dinero. Diablos, ¿por qué pensaba en eso ahora? Nunca había tenido miedo de sentirse sola. Quizá algún día se casaría, pero ella no sería de ningún modo una cazadora profesional. Si surgía el hombre, ella lo sabría. Quizá fuese Ralph Brisson su hombre, pero no había oído el campanilleo en el cerebro, como le había dicho su amiga Edna Sutton. Según Edna, el hombre destinado para una producía un timbrazo en la cabeza apenas hacía su aparición.

Reanudó su trabajo. La casa estaba necesitada de una limpieza. Se notaba que allí no había una mujer.

Después de barrer el vestíbulo, se dedicó a la cocina.

Oyó un ruido en la puerta y salió. Era su tío Jack. Traía un diario en la mano.

—Hola, Patsy, has salido en los periódicos.

—¡Oh!

Jack le alargó el diario que estaba doblado por la tercera página. Era el *Star* de Nueva York.

Patsy leyó los titulares que su tío le señalaba.

«Se busca a Patsy Botella. El señor y la señora Hugges hospitalizados con lesiones en la cabeza».

Leyó el contenido de la crónica y se fue exasperando poco a poco. Según su jefe, él se había reunido con su secretaria en cierto hotel para ventilar un negocio. Iba a recibir la visita de un caballero, el señor Amont. El señor Amont se retrasó y la secretaria, señorita Patsy Leeds, se insinuó a su jefe. El señor Hugges quiso hacer comprender a su secretaria lo absurdo de sus pretensiones. Entonces ella trató de conquistarlo recurriendo a sus más realistas medios de persuasión. Cuando lo estaba besando, apareció la señora Hugges. Se produjo una confusión y el resultado fue que la secretaria se abrió paso a botellazos. La señorita Patsy Leeds desapareció de la ciudad. La policía la buscaba.

—Esto no es verdad, tío Jack.

—No, ¿eh?

—¿Acaso has creído esa monstruosidad?

—¿Por qué no ha de ser como ellos dicen?

—Tío Jack...

—Tu madre fue muy impulsiva.

—¡Te prohíbo que hables de mi madre en esos términos!

Tío Jack sonrió de una forma desagradable.

—Está bien, nena. No vamos a discutir eso. Es agua pasada.

La joven fue a decir algo, pero se calló y regresó a la cocina, donde continuó lavando el piso.

De pronto oyó una exclamación de su tío.

—¿Quién ha tocado esto?

Al volver la cabeza lo vio aparecer en el hueco de la cocina. Estaba lívido.

—¿Qué te pasa, tío Jack?

—El libro del registro. Está cambiado de sitio.

—Lo manejé yo.

—¿Para qué?

—Vino un hombre, un forastero. Quería rezar una oración ante la tumba de un compañero.

—¿Dijo su nombre?

—Sí, desde luego. Ralph Brisson.

—¿Cómo era?

—No te comprendo, tío Jack.

—¡Cómo era! ¡Quiero su descripción!

—Unos treinta y cinco, años, rubio, bien parecido, ojos verdosos, bigote muy fino...

—¿Por qué tumba preguntó?

—Ya se me olvidó el nombre... Un tal Donald... Oh, no, no era Donald.

—¿Cuál era, maldita sea?

—Dennis...

—¿Dennis qué más?

—Tío, ¿cómo quieres que me acuerde...? Te puedo buscar el nombre en la hoja de registro, pero no veo qué importancia tiene eso.

—¿Era Dennis Hardie?

—Sí. Fue herido en la guerra de Corea. El señor Brisson me lo explicó.

—¿Cuánto tiempo hace que ese Brisson estuvo aquí?

—Más o menos, quince minutos.

Jack se volvió bruscamente y desapareció de la cocina.

La joven se puso en pie y salió al vestíbulo.

De pronto vio a su tío. Tenía algo brillante en la mano, que guardó en el bolsillo, pero no lo suficientemente rápido para que Patsy descubriese que se trataba de una pistola.

—¿Adónde vas, tío?

—No es cuenta tuya —contestó Jack O'Malley, y echó a andar deprisa hacia la puerta, por donde salió.

Patsy dejó transcurrir unos segundos y corrió tras él. Al llegar fuera, vio que tío Jack desaparecía por uno de los caminos, justo el que se dirigía al Paseo de las Orquídeas.

Patsy se asustó. Tío Jack llevaba una pistola. ¿Para qué? ¿Por qué se había excitado tanto al enterarse de que un forastero estaba interesado por la tumba de Dennis Hardie?

Decidió seguir a Jack por un camino paralelo, más a la izquierda.

Gracias a los cipreses no podía ser vista desde la otra parte, pero sus zapatos crujían demasiado. Se descalzó.

El camino estaba cubierto por una arenilla de un color amarillento. Ahora corrió más ligera.

De pronto, al llegar a la próxima esquina, se detuvo porque había alcanzado a Jack.

La joven contuvo el resuello. Veía por entre dos ramas a su tío.

Por aquella parte se alzaban los panteones de mármol y piedra, grandes, enormes...

Vio desaparecer otra vez a Jack y prosiguió su camino.

Casi estuvo a punto de darse de bruces con él. Estaba a unas cinco yardas, detenido ante uno de los panteones. Había una cruz en medio y, en cada esquina, un ángel que miraba al cielo, los de la parte posterior con sendas trompetas.

La joven se acuclilló para no ser vista.

Lo hizo a tiempo porque Jack se volvió mirando en su derredor.

—Condenado entrometido... —le oyó decir.

Jack echó a andar, y la joven sintió que la sangre se le convertía en hielo en las venas porque su tío seguía la dirección donde ella se encontraba.

Se puso a gatas y echó a correr para esconderse.

Lo hizo muy a tiempo.

Otra vez se detuvo Jack y rezongó por lo bajo.

—Balearé a ese tipejo.

Finalmente regresó por el camino.

Patsy dio un suspiro de alivio, pero enseguida oyó a tío Jack.

—Eh, Andy, ¿has visto a un tipo rubio?

El mudo debió contestar por señas que no lo había visto, porque Jack dijo:

—Ten los ojos bien abiertos. Se nos coló en el cementerio un fulano.

Patsy esperó un par de minutos más.

Entonces se acercó al panteón de Dennis Hardie. Leyó las palabras inscritas: «Aquí descansan los Hardie. Gundilinda, muerta el 8 de enero de 1927. Jonathan, muerto el 13 de noviembre de 1933, Sandra, muerta el 28 de diciembre de 1942, Dennis muerto el 4 de setiembre de 1951».

No había más nombres ni fechas.

No había aclarado ninguna de las preguntas que se hizo. Un forastero, Ralph Brisson, había llegado para visitar aquella tumba y eso exasperó a tío Jack hasta el punto de que se llegó allí desde la casa con una pistola. ¿Por qué?

Recordó de pronto que debía encontrarse en la casa antes de que regresase tío Jack, y echó a correr.

Se detuvo al llegar al paseo de tierra amarilla. ¡Sus zapatos no estaban donde los había dejado!

Estaba segura de que era allí donde se descalzó.

De todas formas, caminó hacia adelante por si se había equivocado.

Vio unos zapatos junto al seto.

Pero no eran los suyos, sino los zapatos de un hombre. Alzó los ojos. Era su tío Jack O'Malley.

—¿Es esto lo que buscas, querida sobrina? —Le estaba mostrando los zapatos de ella.

—Sí.

—¿Adónde ibas?

—Quería dar un paseo.

—¿Descalza?

Jack la tomó de un brazo y acercó su cara a la de ella.

Patsy se asustó al verle el labio inferior colgando, los ojos echando fuego.

—¿Crees que soy idiota? Dime, ¿por qué me seguiste?

—Tuve miedo.

—¿Miedo de qué?

—Vi la pistola que sacaste de la habitación. Pensé que te podría pasar algo malo, tío Jack... Te pusiste muy excitado cuando te hablé de aquel hombre rubio... Imaginé lo más espantoso, que él te podía hacer daño. Por eso dejé aquí los zapatos y te seguí. Por si necesitabas mi ayuda.

Jack la estuvo mirando a los ojos durante un rato, en silencio. Finalmente la dejó libre.

—Quiero que se te meta una cosa en la cabeza, Patsy. Ocúpate de tus asuntos, ¿lo oyes? Sólo de los tuyos.

—Sí, tío Jack.

La dejó libre y se pasó una mano por la mejilla.

—No ha pasado nada, ¿sabes...? El tipo rubio que dijo llamarse Ralph Brisson nunca estuvo aquí...

—¿Qué dices, tío Jack...? Pero si yo lo vi. Preguntó por la tumba de...

—¡No preguntó por nada! ¿Lo entiendes, Patsy?

Jack acercó otra vez su cara a la de su sobrina.

—Y será mejor que me obedezcas, Patsy. Si no lo haces, yo podría complicarte las cosas, ¿no te parece?

—No te entiendo.

—Es la mar de fácil, Patsy. Recuerda a esas dos personas a las que agrediste en Nueva York... tuvieron que ser hospitalizadas, y la versión que ha aceptado la policía fue la de tu jefe, el señor Hugges. Trataste de conquistarlo.

—No, no es verdad.

—Me importa un rábano lo que sea verdad. Ahora estás en Bedford, en este hermoso cementerio que cuida tu tío Jack... Recuérdalo, nena, viniste buscando un refugio...

—Pero, tío Jack, ¿qué clase de lío es éste...? ¿Por qué me pides que olvide la existencia de Ralph Brisson?

—Dije antes que no hicieras preguntas. Has de preocuparte de lo tuyo. Sólo de eso. Anda, Patsy, vuelve a casa. Patsy fue a hacer otra pregunta, pero Jack exclamó:

—¡Basta ya, Patsy! ¡Obedece!

Patsy se calzó los pies y echó a andar, alejándose de su tío Jack.

CAPÍTULO IV

Habían terminado de comer, y Jack O'Malley dijo:

—Voy a dormir un rato. Eh, Andy, recuerda que tienes que ir al pueblo.

El mudo respondió con una cabezada.

Patsy estaba retirando los platos.

Entró en la cocina y, cuando salió, Jack ya se había ido al dormitorio.

Andy le ayudó a quitar la mesa y, cuando se encontraron en la cocina, la joven tomó al mudo del brazo.

—Andy, me gustaría mucho ir a Bedford.

Andy hizo un gesto negativo mirando por el hueco como si esperase ver allí a Jack.

La joven le sonrió.

—No tengas miedo, mi tío está durmiendo y quiero conocer Bedford. Podremos volver en una hora.

Andy titubeó. Finalmente hizo un gesto de asentimiento. Señaló la puerta de la cocina que daba a la parte trasera de la casa.

—Sí, Andy. Estaré ahí esperándote.

El mudo se marchó y la joven se dio mucha prisa en lavar los platos.

Al cabo de un rato, oyó el ruido de un motor. Se quitó el delantal y salió por la puerta trasera.

En aquel momento llegaba Andy, que detuvo un momento el coche para que subiese Patsy a su lado y, enseguida, reanudó el camino.

El portón enrejado estaba abierto y poco después el vehículo se deslizaba por el camino bordeado de cipreses.

—Andy, ¿conoces a un hombre llamado Ralph Brisson?

Vio como las manos de Andy se agarrotaban en el volante.

—¿Lo conoces, Andy?

Andy sacudió la cabeza muy nervioso, negando.

—Está bien, Andy, también Jack te dijo a ti que debías olvidar a Brisson.

Andy la miró haciendo una mueca.

Patsy leyó en sus ojos lo que quería decirle. Que dejase en paz a Brisson.

—Tranquilízate, Andy —dijo—. No te volveré a preguntar sobre él.

Al llegar al pueblo, Andy estacionó el automóvil junto a un almacén.

—¿Tienes para mucho, Andy?

Andy señaló su reloj e hizo un gesto con el dedo indicándole que volverían al cementerio al cabo de cuarenta y cinco minutos.

—Comprendo, Andy —dijo ella—. Daré una vuelta por ahí.

Se puso a ver escaparates. Había muy poco comercio en Bedford, tal como le había indicado el hombrecillo que conoció en el tren y que tenía un hotel en Centerville.

—¿Cómo está, Patsy? —Oyó una voz a sus espaldas cuando estaba mirando modelos de zapatos.

Se volvió bruscamente y vio ante sí a Ralph Brisson, que le estaba sonriendo.

—Caramba, qué sorpresa, señor Brisson.

—Para mí también lo es, y le aseguro que pertenece a las agradables.

—¿Encontró el panteón de Dennis Hardie?

—Oh, sí, desde luego.

La joven estuvo a punto de decirle que debió dedicar una oración muy corta al hombre que, según él, le había salvado la vida en Corea.

—¿Puedo invitarla a almorzar, señorita Leeds?

Patsy ya había almorzado, pero pensó que aquélla era una buena ocasión para saber más acerca del rubio.

—Se lo autorizo, señor Brisson.

Ralph la tomó del brazo.

—¿Tiene predilección por algún lugar, Patsy? He visto que hay media docena de restaurantes.

—Me da lo mismo.

Entraron en el primero que encontraron en el camino.

Había muchas mesas ocupadas, y Brisson y Patsy fueron a una del fondo.

—Creí que ya se había marchado de Bedford, señor Brisson — dijo Patsy, cuando se hubieron sentado.

—¿Sí?

—Usted dijo que estaba aquí de paso, que sólo se llegó para hacer una visita al cementerio.

—Me entretuve un poco.

—¿Por qué?

—Tenía la esperanza de volverla a ver.

—Debería sentirme muy halagada por sus palabras, señor Brisson, pero usted y yo apenas hablamos unos minutos.

—Un hombre y una mujer necesitan muy poco tiempo para comprenderse.

—Eh, señor Brisson, va usted demasiado aprisa.

Brisson rió, pero tuvo que dedicar su atención al camarero que les presentaba la carta.

—¿Qué va a comer, Patsy?

—Un zumo de frutas.

—¿Sólo eso?

—Estoy a régimen.

—No es posible, usted pesa lo justo.

—Sí, pero tenía que haberme visto hace tres meses. He rebajado siete kilos.

—Está bien, pero yo no estoy a régimen. Tengo un apetito feroz.

—En tal caso, no me diga que se enamoró de mí de repente.

—Eh, Patsy, eso de que los enamorados pierden el apetite es un tópico.

A continuación, Brisson encargó un abundante almuerzo para sí, y el mozo se retiró para cumplimentar el pedido.

—¿Un cigarrillo, Patsy? —ofreció Ralph tendiéndole el paquete.

La joven lo aceptó. Después de encender, ella le miró a los ojos.

—¿A qué se dedica, señor Brisson?

—Trabajo en seguros.

—¿Y dónde reside actualmente?

—En Chicago.

—Llegó muy lejos desde Chicago...

—Hube de ir a Charleston con motivo de un siniestro. El perjudicado era cliente mío. Sufría ciertas dificultades.

—Tuvo que dar un buen rodeo para llegarse a Bedford.

—Sí, pero ésta era mi gran oportunidad y decidí aprovecharla. No salgo de Chicago con mucha frecuencia.

—¿Casado?

—¡Oh, no! Si lo fuese no la habría invitado. Soy de los que consideran el matrimonio como una institución. Si uno lo acepta, ha de atenerse a las normas.

La joven dejó transcurrir unos segundos antes de hacer la pregunta que le estaba quemando la lengua.

—¿Qué tiene que ver con mi tío, señor Brisson?

—¿Eh?

—Mi tío es Jack O'Malley, el cuidador del cementerio de Bedford.

—Oh, sí, usted me habló de él cuando estuve allí. El se había llegado a la ciudad.

—¿Por qué no contesta a mi pregunta?

—Es usted muy impulsiva, Patsy.

—No le creí una palabra.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. No le creo nada de lo que ha dicho con respecto a la razón que le impulsó a ir al cementerio.

—Dennis Hardie, mi antiguo compañero, está enterrado allí. La historia que le conté es cierta —el rubio no había perdido la sonrisa.

—Usted no se llegó a Bedford para rezar una oración por el eterno descanso de Dennis.

—¿No? ¿Por qué hice el viaje entonces?

—Lo ignoro.

Ralph dio una chupada al cigarrillo y mientras expulsaba el humo, dijo:

—¿No se lo contó su tío, Patsy?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que está con Jack?

—Todavía no se han cumplido veinticuatro horas.

Brisson arrugó el entrecejo.

—¿Es eso cierto?

Señor Brisson, yo no conocía a mi tío. Lo vi por primera vez ayer.

Guardaron silencio, porque el mozo llegó con la bandeja. Puso delante de Patsy el vaso con el zumo de frutas y el primer plato del menú que había pedido Brisson.

Patsy bebió un trago del zumo, y Brisson se puso a comer con ganas.

—Señor Brisson, espero que me de una explicación.

Ralph alzó los ojos y le sonrió.

—Siente mucha curiosidad, ¿verdad, Patsy?

—Sí.

—¿Por qué? ¿La mandó su tío a Bedford para que me interrogase?

—No. Jack no sabe que vine a la ciudad.

—Imagino que dio cuenta a su tío de mi visita.

—La había olvidado, pero él me lo recordó porque observó que el libro registro no estaba en su sitio. Se puso muy furioso contra usted. Habló como si lo conociese...

—¿Qué más?

—Oiga, soy yo la que quería hacer las preguntas. Ya conté mi parte —no quiso decirle lo que ocurrió después, cuando su tío Jack alcanzó la pistola y fue en su busca al panteón de los Hardie.

—Sea una buena chica.

—¿Y qué debe hacer una buena chica?

—Estarse quieta.

—Oh, sí, debo permanecer ciega, sorda y muda.

—En ciertos casos, es lo aconsejable.

—¿Quién es realmente usted?

—No hay respuesta. Pero quiero que me acepte un consejo.

—Ahórreselo.

—Salga de Bedford. Abandone a su tío.

—¿Por qué he de hacerlo?

—No puedo darle razones en este momento... Quizá más adelante.

—No puedo marcharme, señor Brisson.

—Claro que puede. Dijo que vino ayer de alguna parte... Vuelva a su punto de partida y, si es que se llegó a Bedford a pasar unas vacaciones; elija otro lugar.

La joven apretó los labios con firmeza.

—Me quedaré en Bedford, en ese cementerio, junto a mi tío.

De pronto Patsy notó que el rostro de Brisson palidecía. No la estaba mirando a ella, sino a la puerta del restaurante.

Siguió la dirección de sus ojos y vio a dos hombres que estaban de pie en el umbral. Uno de ellos miraba disimuladamente donde, ellos, Patsy y Brisson, se encontraban.

—¿Qué le pasa, señor Brisson?

—Nada —respondió Ralph, y dejó la servilleta sobre la mesa.

Ya no sonreía. El rubio, que parecía tener un carácter muy optimista, estaba ahora serio.

—Patsy, me tengo que marchar...

—Sé por qué.

—¿Sí?

—Se trata de esos dos hombres que acaban de entrar. Quiere huir de ellos.

Brisson alargó una mano por encima de la mesa y tomó la diestra de Patsy.

—Usted me puede hacer un favor, Patsy.

—No haré nada por usted, si no me explica qué clase de lío es éste.

—No hay tiempo ahora para ello... Escuche, Patsy, nos vemos más tarde. Dentro de media hora...

—¿Dónde?

—Hotel Jefferson, habitación 14.

Ralph se puso en pie y sacó unos dólares del bolsillo, que dejó sobre la mesa.

—Patsy, si por cualquier razón no pudiésemos vernos, quiero que haga algo por mí...

—¿El qué, señor Brisson?

—Vaya a *Cross City*. Allí está ahora el Circo Carrigan. Busque a un payaso llamado Allan Finch. Ha de transmitirle un mensaje.

—¿Qué quiere que le diga?

—Sólo estas palabras. —Ralph hizo una pausa—. «Hay estrellas en tus ojos a las cuatro de la madrugada». Repítelo.

—«Hay estrellas en tus ojos a las cuatro de la madrugada».

—Muy bien, Patsy. Ahora, adiós.

Brisson le apretó otra vez la mano.

—Espere, señor Brisson. Iré con usted.

—No, Patsy, quédese ahí —dijo Ralph cuando ya se había alejado un paso de la mesa. La miró intensamente—. He de salir solo.

—Como quiera, señor Brisson... Yo únicamente pretendía ayudarle.

—Ya le dije cómo puede hacerlo.

El rubio dio media vuelta y se fue hacia la puerta.

Patsy miró hacia los dos hombres cuya aparición había hecho palidecer a Brisson. Habían tomado posesión de una mesa, en el

centro del local.

Ralph no se interrumpió en ningún momento durante su camino.

Patsy vio como los dos hombres lo miraban con atención y ahora se levantaban. Uno de ellos era alto, de cabello castaño, pómulos altos y sienes hundidas. El otro era más bajo, rechoncho, mofletudo y de ojos muy pequeños. Los dos se cubrían con trajes oscuros de buen corte, y sombreros de ala corta. El camarero llegaba en aquel momento a su mesa con dos vasos de *whisky* en una bandeja.

El hombre de las sienes hundidas dejó dinero sobre el mantel e hizo una señal a su amigo.

El camarero se quedó con la boca abierta, viendo marchar a los dos clientes sin haber bebido un solo trago.

Patsy sintió el impulso de ir detrás, pero ¿qué entendía ella de lo que allí se ventilaba entre Brisson, su tío Jack y aquellos hombres? ¿Podía estar segura de haber obrado bien? ¿Y si estuviese haciendo daño a Jack? Al fin y al cabo, ¿no le había dado hospitalidad su tío cuando ella llegó el día anterior huyendo de Nueva York?

Pero no podía estarse quieta. Tenía la impresión de que Brisson corría un peligro y, aunque no supiese nada realmente con respecto a la personalidad del rubio, se había sentido interesada por él.

Decidida, se levantó de la silla y echó a andar hacia la puerta.

Al llegar a la calle, se detuvo mirando a un lado y otro, pero ya no vio a Brisson ni a los dos hombres que habían salido en su seguimiento.

¿Qué hacía ahora? Brisson le había dado su dirección, hotel Jefferson, habitación 14, pero también había agregado que debía dejar transcurrir treinta minutos. Sólo habían pasado cinco.

Otra vez se puso a dudar.

Finalmente, entró en el restaurante y se sentó en la silla que ocupaba antes.

Bebió un trago del zumo.

Brisson había dejado olvidado el paquete de cigarrillos sobre la mesa. Era de una marca conocida, «Chesterfield». Atrapó uno de los cigarrillos y sacó su encendedor.

Fumó despacio.

Las preguntas se sucedían una tras otra en su mente, pero no podía contestar a ninguna de ellas.

Todavía faltaban diez minutos para, que pasase la media hora fijada por Brisson para la cita en el hotel Jefferson cuando Patsy ya no pudo esperar más y se levantó de la mesa.

El mozo se acercó para cobrar.

—Oiga —dijo Patsy—. ¿Conoce el hotel Jefferson?

—Sí, desde luego. Está al final de la calle, la acera de la izquierda saliendo de aquí.

Patsy le dio las gracias.

El hotel Jefferson se ubicaba a unas cien yardas del restaurante. Vio el letrero enseguida. Era, ni más ni menos el hotel que se podía esperar en un pueblo de la categoría de Bedford.

Entró en un vestíbulo sombreado. A la derecha estaba el escritorio. En un extremo, la escalera que conducía a las habitaciones.

Un hombre de cabello corto, canoso, nariz rojiza estaba detrás del tablero leyendo un diario.

—Buenos días —lo saludó Patsy, y se dirigió a, la escalera.

—¿A quién busca?

—Me está esperando el señor Brisson.

—Oh, sí, lo vi subir hace un rato.

Patsy quedó inmóvil mordiéndose el labio inferior. Por fin preguntó:

—¿Tuvo alguna visita?

El hombre de la nariz colorada entornó los ojos.

—Si se refiere a otra mujer, usted es la primera.

—No me refería a otra mujer.

El tipo se rascó el párpado del ojo derecho.

—No, no tuvo ninguna visita.

Patsy se dijo que aquel hombre había tardado demasiado en darle respuesta.

—Está bien, subiré —le dijo.

—Puede subir si quiere pero, por favor, salga antes de que sea de noche.

La joven levantó la barbilla.

—Me marcharé enseguida.

—No pretendo ofenderla, pero quiero respetar el reglamento. Ya sabe, es cosa de la policía...

—Gracias por su advertencia —dijo Patsy, y emprendió la ascensión de la escalera.

Llegó ante un corredor muy largo. A un lado y otro estaban las habitaciones.

En una de ellas alguien estaba tocando la trompeta, algún músico que ensayaba. Era justamente la habitación número 15.

Patsy pulsó el timbre de la 14 y esperó.

Del interior no le llegó ningún ruido. Continuaba escuchando únicamente al hombre de la trompeta que estaba interpretando una pieza de *jazz*.

Llamó otra vez, pero ahora no esperó. Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar.

En la habitación no vio a nadie.

Entró y cerró a su espalda.

De repente, sintió un escalofrío al descubrir unos pies por un lado de la cama.

—Señor Brisson —llamó.

No le respondió.

Echó a andar, pero se detuvo enseguida al ver un charco de sangre.

—¡Brisson! —gritó.

Vio la cabeza, el cabello rubio. Estaba de bruces, completamente inmóvil.

Patsy oyó ahora el golpeteo de la batería que acompañaba a la trompeta. Pero se dio cuenta de que no era la batería, sino su corazón que golpeaba contra las costillas.

Se agachó sobre el cuerpo del hombre. Lo tomó del brazo y lo impulsó hacia arriba.

Ahogó un grito al verle la cara. Estaba deshecha, ensangrentada. Cerró los ojos y se puso en pie.

Entonces retrocedió poco a poco hacia la puerta y, de súbito, le entró mucha prisa por abandonar aquella habitación. Abrió de golpe y salió corriendo, pero al llegar a la escalera se detuvo. Debía conservar la serenidad. Ella misma se había metido en aquel asunto. Pudo estarse tranquila en el cementerio y no pedir a Andy que la trajese a la ciudad.

Pero no había tiempo para recriminaciones.

¿Qué hacía ahora?

Avisar a la policía. Eso era lo que tenía que hacer.

Pero tendría que dar su nombre, Patsy Leeds, y entonces ellos la detendrían y la mandarían a Nueva York.

Bueno, ¿qué importaba eso ahora? Tendría que responder por las lesiones que había producido a su jefe y a su mujer. Ella no los había matado. Se defendería limitándose a contar la verdad. Pero lo que acababa de descubrir en la habitación número 14 del hotel Jefferson, era un asesinato. Habían matado a Brisson y estaba segura de conocer a los autores. El hombre de las sienes hundidas y su compañero, el de los mofletes y ojos pequeños.

Bajó la escalera.

—¿Ya vio al señor Brisson?

Era el tipo de la nariz colorada. La estaba mirando sonriente, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Sí, lo vi —contestó Patsy.

—Celebro que haya cumplido su palabra. Ha salido muy aprisa... Pero está un poco pálida... ¿Peleó con el señor Brisson?

Patsy no le quiso contestar. Sentía una sorda irritación contra aquel hombre.

Recorrió la distancia que la separaba de la puerta y salió a la calle.

La primera persona que vio fue una señora gruesa que había sacado a pasear su perrito, un *fox-terrier*.

—Señora, disculpe, ¿dónde está la comisaría...?

—En esta misma calle, pero en el lado opuesto, al final.

Patsy le dio las gracias.

Se detuvo al ver al hombre que estaba en la más próxima esquina, a unas quince yardas. Era el fulano de las sienes hundida. Fumaba un cigarrillo apoyado en la pared y tenía metida la diestra en el bolsillo que abultaba mucho.

Patsy sintió sobre sí la mirada de aquel tipo.

Dio media vuelta y echó a andar en la dirección opuesta a la que había seguido hasta ahora.

Pasó otra vez frente a la puerta del hotel Jefferson.

Estaba a unas diez yardas de la otra esquina cuando vio al otro hombre, el de los mofletes. Lo mismo que su compañero estaba apoyado en la pared, pero él no fumaba. Tenía las dos manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, el sombrero echado sobre la nuca.

También el mofletudo la miró con una sardónica sonrisa.

Estaba atrapada. Aquellos dos hombres la habían visto en compañía de Ralph Brisson y, después de asesinar al rubio, se iban a ocupar de ella...

No dudó de lo que harían.

La iban a matar.

Cuando llegó a esa conclusión, Patsy sintió el estómago vacío y arrepintióse de no haber aceptado la invitación de Ralph para almorzar, ¿sólo sería una sensación debida al miedo?

De repente, el gordito echó a andar hacia ella.

Patsy miró a la otra parte. El alto también se había puesto en camino.

Los dos avanzaban lentamente, pero sin apartar la mirada de ella.

¿Desde qué distancia dispararían? Seguro que se habrían hecho el propósito de no fallar. ¿Cómo podía imaginar que dos hombres como aquéllos no supiesen cómo matar a una persona? Tenían cara de asesinos, y ésa sería su profesión.

Estaba irremisiblemente perdida pero ¿por qué no echaba a correr?

Sí, eso es lo que debía hacer. Cruzar la calle y ponerse a gritar pero ¿qué adelantaría con eso? Aquellos dos hombres harían fuego sobre ella y luego, escaparían. No llegaría a dar más de dos pasos después de saltar la acera.

Los dos hombres continuaban caminando. Ya estaban muy cerca, el uno a diez yardas, el otro a ocho.

Patsy estaba mirando al alto cuando vio que éste empezaba a sacar la mano del bolsillo.

Entonces, Patsy se dispuso a largar un grito.

CAPÍTULO V

Pero Patsy no gritó porque en aquel momento vio salir del coche a Andy.

El mudo acababa de estacionar el vehículo junto a la acera.

La joven vio que los dos hombres, el alto y el rollizo, se habían detenido.

El primero de ellos no había terminado de sacar la mano del bolsillo y titubeó un instante. Patsy supo que en aquel momento se estaba jugando la vida.

Andy tiró de ella hacia el coche al tiempo que emitía un gruñido.

Ella decidió que lo mejor era no mirar y siguió a Andy.

«Ahora dispararán —se dijo—. No tienen más remedio que hacerlo... No pueden dejar que me escape... Yo sé que son los asesinos de Brisson... Son unos criminales sin conciencia. Me matarán».

Saltó delante de Andy, pero luego pensó que eso era una estupidez porque también dispararían contra el mudo. Estaba poniendo en peligro la vida de Andy.

Andy ya había abierto la portezuela y le indicaba con una sonrisa que entrase.

Patsy ocupó el asiento. Había interrumpido la respiración.

Andy dio la vuelta al vehículo y entró por el otro lado.

Patsy vio por el rabillo del ojo, a los dos hombres. Se habían reunido, y uno de ellos, el rollizo, gesticulaba con energía.

Indudablemente estaba increpando a su compañero por no haber sacado la pistola.

—Date prisa, Andy —dijo Patsy—. Salgamos de aquí cuanto antes.

Andy movió muy aprisa las manos y el coche corrió por el asfalto, alejándose del lugar en que Patsy había estado a un paso de la muerte.

Cuando salieron de la ciudad, Patsy se relajó en el asiento posterior.

Todo había terminado felizmente. ¿Terminado? ¿Qué clase de ingenua era ella? Aquello no había hecho más que empezar.

No había avisado a la policía, pero todavía podía hacerlo.

Volvió la cara hacia Andy para decirle que regresase a la ciudad, pero pensó que sería cometer una tontería.

Había visto un teléfono en casa de su tío. Sí, eso era. Una vez llegase al cementerio, haría una llamada a la policía, para informar del asesinato de Brisson. Aquellos dos asesinos no llegarían muy lejos. La policía tenía medios para darles alcance.

Andy introdujo el coche por el portalón del cementerio y lo detuvo ante la casa. Allí Patsy saltó a tierra.

—Gracias, Andy —dijo.

La había dejado a la puerta trasera de la cocina.

Abrió de un tirón y lanzó un grito porque casi se dio de bruces con un hombre.

Era su tío Jack.

Los ojos de O'Malley la miraron llenos de ira.

—¿Dónde fuiste?

—A la ciudad.

—¿A qué fuiste a la ciudad?

—Quería conocerla.

—Te hice una advertencia, Patsy.

—Tío, ha ocurrido algo horrible... No me digas nada ahora... He de avisar a la policía.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Un asesinato.

—¿De qué estás hablando?

—Mataron a Ralph Brisson.

Jack torció la boca.

—¿Lo mataron?

—Sí... Sé quiénes lo hicieron.

—¿Quiénes?

—Un hombre alto, de cabello castaño. Su cara es una calavera. El otro es gordito... También me quisieron matar a mí pero, casualmente, Andy llegó a tiempo para impedirlo.

—¿Andy...? ¿También anduvo mezclado en eso?

—Quiero decir que me recogió en la calle cuando esos hombres me iban a matar. Andy no se dio cuenta de que me salvó la vida... Tío, te lo explicaré todo luego. Ahora, lo importante es llamar a la policía. Esos hombres continúan en la ciudad, y si se han ido, la policía los puede atrapar antes de que se alejen demasiado.

Sin esperar más, Patsy pasó por el lado de su tío y echó a correr.

Entró en el *living* y se detuvo ante el teléfono.

Descolgó, pero se detuvo al darse cuenta de que no conocía el número de la policía. Volvióse hacia su tío al oír que se le acercaba por la espalda.

—¿Qué número he de marcar?

—Ninguno.

—¿Qué dices, tío...? Te he dicho que dos hombres asesinaron a Brisson.

Se interrumpió. Había estado tan cegada por los hechos sobrevenidos, durante la última media hora, que había olvidado el incidente del día anterior, cuando Jack se enfureció al saber que Ralph Brisson se había llegado al cementerio para visitar la tumba de Dennis Hardie. Su tío Jack había sacado una pistola para ir en busca de Brisson.

Jack estaba inmóvil, muy cerca de ella, mirándola con fijeza a los ojos.

—Tío Jack... Tú no puedes ser un asesino, ¿verdad? No estás en combinación con esos hombres...

—No sé de qué hombres me hablas.

—De los que mataron a Brisson.

—Continúo sin saber quiénes son.

—Cuánto me alegra oírte decir eso, tío Jack... Ahora avisaremos a la policía.

—No. No avisaremos a nadie.

—Tío Jack...

—No me gusta meterme en líos, y tú tampoco te meterás. ¿Recuerdas mis palabras con respecto a Ralph Brisson? Te dije que no lo habías conocido, que nunca lo habías visto aquí.

—Sí, pero él ahora está muerto.

—¡Me importa un rábano lo que hayan hecho!

Jack alargó la mano y tomó a su sobrina bruscamente por el brazo.

—Patsy, hay momentos en la vida en que uno debe resignarse, confiar en las demás personas. Tú solo eres una chiquilla, pero he vivido mucho, y estoy en situación de saber lo que nos conviene. Te quise apartar de lo de Brisson y no me hiciste caso, pero ahora me vas a obedecer, quieras o no.

Patsy sintió impulsos de rebelarse contra las palabras de su tío, pero comprendió que nada adelantaría. Estaba en sus manos.

—Anda, Patsy, sube a tu habitación.

—Me iré de aquí.

—Oh, no, Patsy, no puedes irte... Viniste huyendo de la policía... Te cobijé en esta casa y no tienes que preocuparte; continuaré dándote protección.

—Ya no quiero tu protección.

Jack apretó los dientes con fuerza.

—Patsy, eres la hija de mi hermana y sentiría mucho hacerte daño.

Patsy comprendió que su tío estaba hablando en serio. Ya sabía a qué atenerse con respecto a él. Era un hombre con poca

inteligencia, tan duro como el pedernal. Podía hacerle daño. De eso estaba segura.

—Muy bien, tío Jack. Me iré a mi cuarto.

—Así está mejor, sobrina.

La joven subió por la escalerilla y se encerró en la habitación que le habían destinado.

Paseó confusa de un lado a otro. La muerte de Brisson estaba envuelta en el misterio más grande. Recordó su escena con Ralph cuando se encontraron en la ciudad. Ralph le había pedido que fuese a *Cross City*. Allí debía visitar el Circo Carrigan, y encontrar un payaso llamado Allan Finch a quien transmitiría un mensaje.

Iría a *Cross City*. Tenía que salir de aquella casa pero, naturalmente, ahora su tío Jack estaría vigilando.

Esperaría a la noche. Eso sería lo mejor.

Recordó de pronto que la verja del cementerio estaba cerrada. ¿Cómo iba a saltar ella el muro? ¡Andy! Ésa era la solución. Tenía que conseguir las llaves, o quizá el mismo Andy se prestaría a ayudarla.

Sacó un cigarrillo del paquete que había pertenecido a Ralph Brisson y, después de encenderlo, se tendió en la cama.

De repente se abrió la puerta sin que hubiesen llamado.

Patsy saltó del lecho al ver entrar a su tío Jack.

—¿Estás ya más tranquila, Patsy?

—Sí, me siento mucho mejor.

—Eso está bien... Comprendo que te hayas emocionado. Hay ciertas cosas que impresionan a todo el mundo, especialmente a las mujeres. Pero ya te lo dije, Patsy, no conviene meterse en jaleos cuando es innecesario... Tú no conocías a ese hombre, yo tampoco... ¿Por qué nos vamos a preocupar de que lo hayan matado...?

Patsy notó que su tío Jack hablaba en un tono distinto al que le conocía.

Jack paseó por la estancia rascándose una oreja.

—Patsy, se me olvidó preguntártelo.

—¿El qué, tío?

—¿Cómo fue tu encuentro con Brisson?

Patsy le dijo simplemente que Brisson y ella se habían encontrado en la ciudad y que él la había invitado a almorzar. Luego, Brisson se había marchado para ventilar un negocio urgente. Eso había sido todo.

Jack la escuchó en silencio, los ojos convertidos en rendijas.

—Patsy, ¿de qué hablasteis durante el almuerzo?

—De cosas vulgares.

—¿Qué cosas vulgares?

—Me preguntó de dónde era yo. No le dije la verdad. Acababa de llegar de Omaha, donde trabajo en una oficina de una fábrica de piensos.

—No me importa lo que tú le dijese, sino lo que él te dijo.

—Le pregunté si era casado y me contestó que no.

—¿Qué otra cosa?

—Vivía en Chicago...

Jack dio un paso hacia la joven.

—Te debió contar algo más con respecto a él. Algo muy personal.

—¿A qué te refieres, tío Jack?

—Eres tú quien me lo debes decir.

—No te comprendo.

—Me entiendes perfectamente. Brisson te dijo algo antes de separarse de ti.

—No, tío Jack.

—Se marchó precipitadamente de tu lado pero antes te habló.

Otra vez se abrió la puerta. Patsy vio entrar a dos hombres que ya conocía. El hombre de los pómulos altos y sienes hundidas y su compañero, el gordito.

Pero tras ellos apareció un hombre a quien no conocía. Un tipo de talla mediana, cara alargada y nariz aguileña. Fue éste quien habló.

—Nos cansamos, Jack.

O'Malley se mojó los labios con la lengua.

—No debieron entrar.

—No has conseguido nada de ella y ya pasaron los cinco minutos que te concedimos.

La joven se puso en pie.

—¿Qué significa esto? ¿No saben que se encuentran en el dormitorio de una señorita? ¡Salgan de aquí inmediatamente!

Los dos asesinos se habían quedado junto a la puerta.

El hombre de la nariz aguileña sonrió y lo hizo de una forma siniestra.

—Cálmese, señorita Leeds. Usted y yo tenemos que hablar.

—No le conozco a usted.

—¿Qué importa eso?

—No hablo con desconocidos.

—Muy bien, entonces me presentaré... Soy Lex Morris. ¿Ve qué pronto tiene solución, señorita Leeds...? Usted es una muchacha simpática y bonita...

—Es muy amable.

—La vida es hermosa para los jóvenes... Usted no debe tener más de veinticinco años.

—Veintidós.

—Una criatura angelical.

—¿Cuándo va a dejar de piropearme, señor Morris?

—¿Conoce Miami?

—No, señor Morris, no la conozco.

—Es una ciudad maravillosa. Grandes hoteles, y lujosos clubs nocturnos con los mejores espectáculos del país, noches maravillosas en los mejores restaurantes... Todo eso exige mucho dinero, ¿verdad, señorita Leeds? Imagino que las diversiones que le acabo de citar no están al alcance de su bolsillo.

—Acertó, señor Morris. Nunca podría pagar todo eso que dice.

—Creo que se equivoca. Podría pagarlo. —Morris sonrió—. Usted habrá leído de niña los cuentos de hadas y de príncipes encantados que con una palabra convertían en oro lo que tocaban o hacían aparecer cosas maravillosas ante los ojos asombrados de la pobre huérfanita.

—¿Dónde quiere ir a parar, señor Morris?

—Lo ha adivinado, ¿verdad? Yo voy a ser ese príncipe para usted. Podrá ir a Miami, hospedarse en el mejor hotel, visitar los clubs nocturnos más caros...

—Señor Morris, soy una mujer honesta.

—¡Oh, comprendo! Cree que yo voy a ir con usted... No, señorita Leeds. Usted visitará Miami sola, o con el hombre que prefiera. Eso va a ser cosa suya. Yo me limitaré a darle el dinero para pagar ese lujo.

—No quiero un solo centavo suyo, señor Morris. Usted no me debe nada.

—Hasta este momento es cierto, pero puedo deberle cinco mil dólares.

—¿Qué dice?

—Yo le pagaré cinco mil dólares, Patsy, y sólo ha de hacer una pequeña cosa a cambio. —Morris dejó una pausa pero continuó sonriendo—. Sólo tiene que repetirme lo que dijo Ralph Brisson en el restaurante antes de que se separase de su lado.

—No me dijo nada.

Morris chascó la lengua.

—Por ese camino no vamos a ninguna parte, señorita Leeds.

—Muy bien. Si no está conforme, márchese.

—No podemos irnos sin el informe que usted nos facilitará.

—Y yo les he dicho que no les puedo decir nada. Si escucharon detrás de la puerta, ya oyeron lo que hablé con el señor O'Malley.

—Yo no la creo, señorita Leeds. Estoy seguro de que Brisson le dijo algo muy importante. Usted se niega a decirlo y eso me duele mucho. Sentiría tener que recurrir a ciertos medios para hacerla hablar.

—¿A qué medios señor Morris?

—Sería preferible que no lo supiese.

Jack O'Malley intervino.

—¡Patsy, dilo de una vez, maldita sea! Esos dos hombres te vieron hablar con Brisson cuando él descubrió su presencia y están

seguros de que Brisson te dio un mensaje.

—Esos hombres se equivocan.

Ahora dejó oír su voz el hombre alto.

—Señor Morris, Marty y yo no tenemos ninguna duda acerca del asunto. Estamos seguros de que Brisson le dijo algo.

Patsy se sintió más furiosa que nunca. Allí estaban los hombres que habían matado a Brisson. Hubiese querido decirles en su cara que eran unos asesinos, pero sólo lograría empeorar la situación.

Morris chascó la lengua de nuevo.

—Ya lo has oído, Jack. Tu sobrina sabe más de la cuenta. Habría una forma de arreglarlo, que nos diese el informe que le pasó Brisson, pero ella quiere continuar guardando silencio. No tenemos más remedio que obrar.

—Espere un momento, Morris.

—¿A qué tengo que esperar?

—Déjame un rato con ella a solas.

—No lograste nada antes.

—Ahora será distinto, Morris.

—No sé por qué piensas que va ser distinto.

—La convenceré.

—Está bien. Te daremos otra oportunidad. Será la última para ella. ¿Lo ha oído, señorita Leeds?

—Sí, lo he oído.

—Diga a su tío lo que necesitamos saber... Piense en Miami... Quizá eso le ayude a responder.

Morris hizo una señal a los hombres, y los tres salieron de la habitación.

Jack cerró la puerta y se volvió hacia su sobrina.

—Patsy, esos hombres no amenazan en vano.

—Lo sé, tío... ¿Quién es Morris?

—No importa quien sea.

—Pero tío, ¿por qué estás relacionado con esa clase de hombres...? Son criminales... Asesinos.

—¡Calla de una vez! —gritó Jack mirando la puerta que había a su espalda.

—No me importa que me oigan.

—Oye, muchacha —dijo Jack con voz paciente—. A nada conduce en la vida ser un héroe. Lex Morris se ha mostrado benévolo contigo.

—Oh, sí, está dispuesto a pagarme una estancia en Miami a todo lujo...

—Puedes quedarte el dinero y no ir a Miami.

—Ya di mi respuesta antes. No quiero ir a Miami y tampoco quiero el dinero.

—No seas estúpida, Patsy. Me vas a repetir ahora mismo lo que te dijo Brisson.

—No.

Jack le soltó una bofetada que la hizo tambalear.

—Maldita, ¿es que quieres que te arranquemos la piel a tiras?

—No dudo de que lo haréis, pero no me sacaréis una sola palabra más de las que ya he dicho.

—Eso lo veremos —dijo Jack.

Intentó pegarle otra vez, pero la joven retrocedió y esta vez golpeó en el vacío.

—Te crees muy lista, ¿eh? —dijo Jack. Y empezó a desabrocharse el cinturón.

—¿Qué vas a hacer?

—Azotarte hasta que confieses.

—Eres un indeseable, tío Jack.

O'Malley tiró del cinturón, que colgó en su mano.

—Primero te golpearé con la punta de cuero. Pero, si es preciso, lo haré con la hebilla.

—¿Cómo quieres que te diga que no sé nada?

—Escucha, Patsy, ellos me harán pagar esto. He sido yo el negligente, ¿te das cuenta...? He cometido una falta y sólo me la perdonarán si te hago hablar. Es mi vida la que defiendo, ¿lo oyes...?

—¿Qué clase de pandilla formáis? ¿Cuál es vuestro trabajo?

—Soy yo el que pregunto, Patsy. ¿Qué te dijo Brisson?

Patsy guardó un silencio.

Jack echó el brazo atrás y lanzó el cinturón sobre la joven.

Ella trató de librarse de la lengua de cuero, pero sólo lo consiguió a medias. La punta le rozó la espalda.

Tuvo la impresión de que le ponían allí un hierro al rojo vivo y apretó los dientes para no gritar.

—Eso sólo ha sido una muestra —dijo Jack—. Estoy esperando tu respuesta, Patsy.

Ella tampoco dijo nada.

O'Malley se dispuso a castigarla otra vez, pero de pronto, la joven se arrojó sobre él.

Jack contuvo el impulso del brazo y en ese momento Patsy le pegó con el puño cerrado en la cara.

O'Malley se tocó la mejilla donde Patsy le había alcanzado. Con el forcejeo cayó al suelo la pistola de Jack.

—¡Maldita, ahora vas a saber quién soy yo!

Patsy sólo tuvo que agacharse para tomar la pistola.

—Silencio, tío —dijo con un hilillo de voz—. Si les avisas, me obligarás a disparar.

—¿Te atreverías?

—No lo dudes por un momento, tío Jack.

O'Malley miró asustado la puerta. Ningún ruido llegaba desde fuera. Morris y los otros dos no se habían dado cuenta del cambio de decoración.

Miró a Patsy y forzó una sonrisa.

—Oye, Patsy, deja la pistola.

—No la dejaré. Me abriré paso con ella.

—¿Adónde quieres ir?

—Lejos de aquí.

—Eso es una tontería, Patsy. No puedes marcharte.

—¿Quién dice que no? —repuso la joven arqueando el dedo en el gatillo.

—Ellos te darán alcance, te atraparán donde quiera que vayas.

—De todas formas, me iré.

—Patsy, soy el hermano de tu madre... Por nuestras venas corre la misma sangre...

—No lo tuviste en cuenta cuando, hace un momento, me azotabas con el cinturón.

—Admito que perdí los estribos, pero ahora todo será distinto.

—No, tío Jack. Sé perfectamente qué clase de gente sois tú y los que están fuera. Anda, llámalos. Irás a la puerta pero yo estaré muy cerca de ti. Diles que ya confesé...

—Patsy...

—¡Hazlo! No quiero ganar mi libertad a tiros, pero lo haré si me obligas a ello. Te juro que lo haré.

O'Malley inspiró profundamente.

—Está bien, Patsy. Te he tendido la mano para salvarte, pero tú la has rechazado —echó a andar hacia la puerta.

—Recuérdalo, tío Jack. Te estaré apuntando.

O'Malley titubeó un instante, pero finalmente hizo girar el tirador y abrió.

—Morris.

La voz de Morris llegó desde el otro extremo del corredor.

—¿Qué pasa, Jack?

—Ya se lo saqué.

—Estupendo, Jack. No hay nada mejor para convencer a una mujer que unos cuantos golpes. Oímos tu trabajo de cinturón.

Patsy se había arrimado a la pared.

Escuchó los pasos de los hombres que se acercaban.

Jack se retiró de la puerta.

Primero entró Morris y luego los otros dos hombres.

Morris giró bruscamente porque vio a Patsy por el rabillo del ojo.

El hombre de las sienes hundidas y el rollizo movieron las manos hacia los bolsillos.

—No hagan eso, o Morris morirá el primero —advirtió.

—Quietos, muchachos —ordenó Morris sin perder un segundo.

Los dos «muchachos» dejaron colgar los brazos.

Morris sonrió amistosamente.

—¿Qué significa esto, Patsy?

—Lo comprenderá enseguida, señor Morris. Me marchó de aquí.

—¿Adónde vas?

—Quizá a California.

—¿Por qué tan lejos?

—No me gustan cierta clase de compañías. Usted me habló antes de cinco mil dólares.

—¿Quieres más por la confesión?

—No, pero me va a dar doscientos. Los necesitare para el camino.

—Creo que te estás complicando demasiado la vida, Patsy, y eso siempre resulta malo para la salud.

—Deme los doscientos dólares.

—Está bien, te los daré, y espero que los disfrutes.

—No intente sacar un arma, señor Morris. Le advertí a mi tío antes, que dispararé sin vacilar.

—Te creo, Patsy, sé que lo harías... Por otra parte, nunca me han gustado las armas y por eso no las llevo conmigo.

Morris metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

Apartó cuatro de cincuenta que alargó a la joven, la cual los tomó con la mano libre.

—Ahora va a hacer algo en mi obsequio, señor Morris... Sus dos compinches se pondrán de espaldas, usted los desarmará y arrojará las pistolas al corredor. No trate de volverse. Y no hace falta que sea muy rápido. Quiero observar todos sus movimientos.

—¿Sabe lo que estoy pensando, Patsy...? Es usted una chica muy inteligente... Cada vez me interesa más.

—¿Quiere que le de las gracias?

—Usted y yo podríamos llegar a un acuerdo. Estoy convencido de que cinco mil dólares era un precio muy pequeño tratándose de una joven con tanta calidad.

—No continúe, señor Morris. No hay acuerdo entre nosotros. Haga lo que le digo inmediatamente. Desarme a sus esbirros.

El rostro de Morris se tornó grave.

—Corriente, señorita Leeds. Volveos, muchachos, y no hagáis nada.

Los dos hombres obedecieron.

—Pongan las manos en la cabeza —dijo Patsy.

El alto y el rollizo levantaron las manos, apoyándolas en el sombrero.

Entonces Morris llegó por detrás de ellos. En primer lugar atrapó la pistola del alto y la arrojó al corredor y, a continuación, hizo lo mismo con la del rollizo. Inmediatamente la joven se deslizó por junto a la pared hacia la puerta.

—Retrocedan.

Los cuatro hombres se echaron atrás.

Patsy atrapó la llave que estaba en la cerradura y, valiéndose del tacto, la puso por fuera. No quería apartar los ojos de sus prisioneros porque todos eran peligrosos.

—Por última vez, Patsy —dijo Jack—, lo que estás haciendo es absurdo... Tienes que convencerte, muchacha... No conseguirás nada.

Por toda respuesta, la joven salió fuera y cerró dando la vuelta a la llave.

Bajó por la escalera.

Salió de la casa por la parte de atrás. Allí estaba el coche en que había viajado con Andy a Bedford.

Vio al mudo junto al portón. Lo estaba cerrando.

—¡Espera, Andy!

Saltó al coche y puso el motor en marcha.

Andy la estaba mirando perplejo.

El portón estaba a medio cerrar, pero quedaba un hueco por el que quizá podría pasar el coche. Patsy pidió al cielo que el mudo no lo cerrase.

Apretó a fondo el acelerador.

Oyó el gruñido que salía de boca de Andy cuando pasó a gran velocidad por el hueco.

Había tenido que describir una curva muy cerrada y se fue contra los cipreses de enfrente.

Apretó el pedal del freno y, en el último segundo, hizo girar el volante.

Consiguió enderezar el vehículo y continuó adelante por el camino bordeado de árboles.

Tenía que llegar cuanto antes a Bedford. Se detendría en la comisaría y todo habría terminado. Bastaría con que denunciase los hechos que había protagonizado desde su llegada al cementerio. Eso sería bastante para que la policía la tomase en consideración.

El automóvil corría a menos velocidad de la que ella hubiese deseado. El viejo modelo se resistía a correr a más de setenta, y el camino a la ciudad trazaba muchas curvas.

Pero ahora el motor empezó a ratear. La aguja del velocímetro bajó rápidamente.

Patsy apretó el acelerador, pero el vehículo no corrió más aprisa.

Frenó y saltó del coche.

Levantó el capot y, valiéndose del pañuelo, sacó el surtidor del carburador. Estaba obturado. Bastó que lo soplase un par de veces para desembozarlo.

Había perdido dos minutos, pero en aquel momento oyó un zumbido a lo lejos.

Aquel camino terminaba en el cementerio y por tanto el vehículo que se acercaba era el que tripulaban aquellos hombres.

Ahora el viejo modelo corrió normalmente, pero le darían alcance enseguida, antes de llegar al pueblo.

Ya había salido del camino de cipreses y corría por la carretera que conducía a Bedford.

Miró el espejo retrovisor. Todavía no veía el otro automóvil, pero no tardaría en aparecer.

De pronto vio un camino a la derecha y dobló bruscamente el volante.

Detuvo el vehículo después de la próxima curva. Al cabo de unos segundos oyó pasar a lo lejos un poderoso automóvil, en dirección a Bedford. Ahora tenía que seguir por allí. No estaba en su ánimo retroceder. El tanque de la gasolina estaba casi repleto.

Veinte minutos más tarde salió a una carretera más ancha. Vio un camión detenido en el camino. Había sufrido una avería y un hombre estaba bajo el motor.

—Eh, oiga —lo llamó Patsy.

Un hombre dejó asomar su cabeza por debajo.

—¿Qué quiere, señorita?

—¿Adónde conduce esta carretera?

—A Buckingham, a Ballardville, a Cross City, a Tecunseh...

¿Quiere más...?

Patsy sólo retuvo un nombre: *Cross City*. Aquélla era la ciudad donde estaba el Circo Carrigan, y en él trabajaba un payaso cuyo nombre era Allan Finch, la persona a quien debía transmitir un mensaje por encargo del difunto Ralph Brisson.

CAPÍTULO VI

La gente se aglomeraba ante las taquillas del circo.

Faltaban diez minutos para empezar la representación.

Las luces de neón, de múltiples colores, destacaban en la oscuridad de la noche.

Patsy tuvo que soportar muchos empujones hasta conseguir su localidad.

No le interesaba que reparasen en ella, por lo que eligió la más popular.

Ocupó su asiento al lado de un hombre que comía palomitas de maíz.

Ya había empezado el espectáculo. Los perritos amaestrados realizaban una pantomima bajo la vigilancia de sus profesores, un tipo bigotudo y una mujer.

El hombre de las palomitas de maíz, que tenía unos cincuenta años, reía como un chiquillo.

Reparó en Patsy y le alargó la bolsa.

—¿Quiere?

—Oh, sí me gustan mucho.

—Es la primera noche que soy feliz este año —dijo el hombre—. Tuve que engañar a mis nietos y decirles que me dolía la cabeza. Los dejé durmiendo, ¿sabe...?

—¿A ellos no les gusta el circo?

—Claro que sí, pero se pasan todo el rato pidiendo esto o lo otro... No crea que soy un monstruo, señorita, ya los he traído dos veces, pero me prometí a mí mismo que vendría un día solo para disfrutar a mis anchas...

—Al parecer lo está consiguiendo. ¿Qué tal es el número de los payasos?

—De lo mejor... ¡Qué par de tipos!

—No pedí el programa. ¿Cómo se llaman?

—Tom y Windy.

Patsy se dijo que con eso no adelantaba nada. Ella necesitaba hablar con Allan Finch.

—Imagino que son sus nombres de batalla, pero tendrán otros, los verdaderos.

—¿A quién le interesa el verdadero —nombre de un payaso...? Para el público son Tom y Windy y nada más... Recuerdo un par de payasos que vi en mi niñez... Nadie ha podido igualarlos... Eran geniales, sí señor. Tom y Windy son buenos, pero desmerecen al lado de los de mi tiempo... Así es la vida, señorita. Todo empeora... Ya lo ve, hay quien decía que el circo estaba acabado, y ¿qué hacen los de la televisión? Si no fuese por los artistas de circo, yo no podría aguantar más de una hora ante la pantalla de mi casa.

El hombre siguió hablando. Podía hacer dos cosas al mismo tiempo. Prestar atención a la pista y hablar sin parar.

A los perritos ingeniosos siguió un número de equilibristas y un fakir de la India que devoraba fuego mientras dos odaliscas bailaban.

—Ahora llegan los payasos —dijo el hombre.

El público había estallado en una ovación antes de aparecer los payasos con las caras pintarrajeadas, los trajes holgados.

El público rió a carcajadas.

Patsy observó a su otro vecino. Era un muchacho joven de unos diecisiete o dieciocho años, de cabello encrespado. Miraba con tristeza a los payasos.

—¿No te gustan?

—No.

—¿Conoces el nombre de esos payasos, me refiero al verdadero?

—No me interesan los payasos.

Patsy se dijo que decididamente no tenía suerte, pero en aquel momento se volvió una muchacha que tenía delante:

—La escuché, señorita, yo puedo responder a su pregunta. El nombre de uno es Finch y el otro Harlow.

—¿Cuál de ellos es Harlow?

—El del sombrero hongo.

Patsy se fijó en el otro, en el que no tenía sombrero hongo, Finch. Exhibía una calva postiza, ojos blancos con un círculo negro, unas narizotas y la boca característica, ancha, enorme.

Patsy dio las gracias a la muchacha que la había informado.

—Disculpen —dijo, y se abrió paso por entre los espectadores.

Llegó hasta la puerta por donde entraban y salían los artistas.

Un tipo con uniforme de húsar le cerró el camino.

—No se puede pasar.

Patsy le enseñó un billete de a dólar.

—Necesito dar un recado urgente a uno de los artistas.

El húsar se apoderó del billete e hizo una señal a la joven.

Seis bonitos *poneys* esperaban turno para actuar. Un poco más allá había un vehículo sobre el que descansaban los fieros leones del Atlas.

Siguió avanzando hasta los remolques en que vivían los artistas.

Una mujer barbuda salió de uno de los carromatos.

—¿Podría decirme cuál es el remolque del señor Finch?

—El cuarto a contar desde el mío —le respondió la mujer barbuda.

Patsy le dirigió una sonrisa y se dirigió al remolque de Finch.

Subió la escalera con tres peldaños de madera. Hizo girar el tirador, pero la puerta estaba cerrada con llave. Entonces descendió y se puso al otro lado del carromato.

Al cabo de un rato, oyó hablar a dos hombres que se acercaban.

—¿Cómo estás del estómago, Finch?

—Pasé una noche rabiosa, pero ya me encuentro mejor.

—Recuerda que has de estar en forma para el sábado, Finch. Es el cumpleaños de Shangri-La.

—Descuida, Dave. Estaré en condiciones.

Patsy oyó que abrían la puerta del carromato de Finch y entonces ella salió por la esquina y subió la escalera.

La puerta estaba entornada y llamó suavemente.

—¿Quién es?

Patsy empujó la puerta y vio al payaso llamado Finch. Estaba sentado ante un espejo.

—Buenas noches, señor Finch.

El payaso miró.

—¿Un autógrafo?

—No, señor Finch. ¿Puedo cerrar?

—Desde luego.

Patsy cerró tras de sí.

—¿Va a caer en mis brazos ahora? —preguntó—. Sería el primer payaso del mundo que hiciese una conquista tan bonita.

—Gracias, señor Finch. Es un agradable requiebro.

—Muy bien, si no es una admiradora ni tampoco se enamoró de mí, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Le traigo un mensaje de Ralph Brisson.

—¿De quién?

—Ralph Brisson.

La boca del payaso se ensanchó aún más.

—Disculpe, señorita, pero no recuerdo a ese Brisson... No me lo tome en cuenta. A los artistas nos conoce mucha gente. A menudo tengo tropiezos. Muchas personas creen que nosotros debemos conservarlos en la memoria.

Patsy se sintió perpleja.

—¿Está seguro de que no conoce a Ralph Brisson?

—¿Es muy importante, señorita?

—Sí, lo es.

—Hágame una descripción de su amigo y quizá logre recordar algo.

—Treinta y cinco años, de cabello rubio, rostro bien parecido, bigote recortado... Me dijo que trabajaba en una casa de seguros en Chicago, aunque me temo que quizá eso no sea verdad.

Finch permaneció unos instantes pensativo, mirándola. Luego dijo:

—No, señorita, viene usted equivocada. Yo no conozco a Brisson.

—Pero no es posible...

El payaso sonrió de nuevo.

—¿Quiere conocer a mis propios amigos mejor que yo, señorita...?

Al tiempo que decía eso, Finch deslizó la mano en un cajón, del que sacó un trozo de papel y un bolígrafo. Se puso a escribir sin mirar el papel, y agregó:

—Lo siento, señorita, pero indudablemente le dieron una dirección equivocada o quizá ese hombre, Brisson, la embromó.

La joven estaba perpleja viendo como el payaso le hablaba mientras escribía. Ahora Finch levantó el papel y se lo mostró. Patsy leyó lo que Finch había escrito: «Nos están escuchando».

—Eh, oiga, señorita, ahora recuerdo a un hombre que quizá sea ese Brisson que usted dice, un tipo muy grueso que tiene una cicatriz en la mejilla derecha. Me contó que era resultado de una pelea en una taberna de Nueva Orleáns.

—No, señor Finch. Ése no es Ralph Brisson.

Finch estaba escribiendo otra vez en el papel.

—Pues lo siento, señorita, por más esfuerzos que hago no consigo localizar en mi memoria al hombre que usted se refiere.

Levantó otra vez el papel, y Patsy leyó:

«Hotel Druot, habitación nueve. Dentro de una hora».

Luego Finch se levantó.

—De todas formas, si viene usted por aquí con su amigo Brisson saldremos de dudas. Entonces le podré decir si realmente lo conozco o no. ¿De acuerdo, señorita?

—Está bien, señor Finch. Hasta la vista.

—Buena suerte.

La joven salió del remolque sin volver la cabeza. Estaba muy emocionada desde que Finch le pasó su primer aviso.

Los habían estado espiando. Sintió un estremecimiento ante la posibilidad de que se tratase de los hombres de Morris, sus dos guardaespaldas, pero no era posible que le hubiesen dado alcance. Ellos no sabían que ella se dirigía a *Cross City*. No, no podían haber llegado tan pronto a aquella ciudad.

Decidió continuar viendo la función del circo hasta que estuviese próxima la hora de su cita con Finch.

Recordó la que le había dado Ralph Brisson. También había sido en un hotel y, cuando llegó, el rubio estaba ya muerto.

Desechó sus temores. A Finch no le pasaría nada. Podría hablar con él. Le transmitiría el mensaje de Brisson. Por otra parte, Finch la pondría al corriente de qué se trataba.

Regresó a su localidad.

—Señorita —exclamó el hombre de las palomitas de maíz—, se ha perdido lo mejor del espectáculo.

—Me sentí un poco mareada.

—¿Por qué no lo dijo? La habría acompañado.

—Pero se habría perdido la función.

—Bueno, ya estoy acostumbrado. Recuerde que manejo a mis nietos. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Gracias, pero ya me encuentro mucho mejor.

El muchacho, a quien no divertían los payasos, se había marchado. Ahora su vecino de aquel lado era una niña de unos siete años que palmeaba constantemente a los artistas, que actuaban en la pista.

—Oiga —dijo Patsy al hombre a quien le gustaba el circo—. ¿Conoce el hotel Druot?

—Oh, sí. Está en la calle Lafayette. He ido un par de veces allí. Soy agente de ventas de una fábrica de cueros y tengo algunos comisionistas que me trabajan la mercancía. Varios de ellos, cuando llegan a la ciudad, se alojan en el hotel Druot.

—Perdone, pero yo no soy de aquí, ¿dónde está la calle Lafayette?

—No tiene pérdida, señorita. Cuando salga del circo, verá enfrente una aglomeración de edificios, los más altos de *Cross City*. Tiene que ir hacia allí eligiendo como punto de referencia el más elevado. Cuando éste a la puerta de ese edificio, dobla por la derecha. En la próxima esquina hay un bar. Tuerza otra vez a la derecha y ésa es la calle Lafayette. El hotel Druot está a unas diez yardas.

Patsy le dio las gracias.

—Disculpe, aún no me he presentado. Mi nombre es Ronald Byrd.

—El mío Patsy.

—¿Tiene familia en *Cross City*...? Oh, perdone si soy imprudente.

—No, sólo unos amigos —mintió ella—. He venido a pasar unos días con ellos.

Ronald Byrd prestó atención a la pista porque habían empezado a evolucionar los trapeceistas.

—Infiernos, siempre me ha gustado el salto mortal... Lo he visto más de un millar de veces. Pero es un número que siempre me pone la carne de gallina.

—A mí también.

Los trapeceistas hicieron algunos ejercicios de habilidad, mientras la banda interpretaba una marcha, pero, de pronto, los músicos acallaron los instrumentos. Se hizo un gran silencio. Sonó un redoble.

El público enmudeció.

Hasta Ronald Byrd dejó de comer palomitas.

Los artistas realizaron el salto mortal de una forma impecable y estalló una gran ovación.

—Tengo que irme, señor Byrd —dijo Patsy—. Celebro haberlo conocido.

—Oiga, estaré luego en el bar de que le hablé, el de la esquina del edificio más alta Se llama Rosa de Tahití. La invito a una copa.

—Lo siento, señor Byrd, pero me temo que no podré ir.

—Como quiera, Patsy, pero ya sabe que estaré allí. —Byrd le guiñó un ojo.

Ella le respondió con una sonrisa, aunque no supo qué interpretación dar al guiño. Byrd le había parecido un hombre serio, ¿o sería un conquistador como tantos otros...?

Salió del circo y vio enfrente las luces de los edificios de *Cross City*, pero el mayor no pasaba de las nueve plantas. Faltaban diez minutos para las doce y se dijo que tenía tiempo suficiente para llegar al hotel Druot a la hora que le había sido fijada por Allan Finch.

Pasó junto al bar donde Byrd bebería su copa a la salida del circo.

Vio algunos clientes en el mostrador. Al fondo, había luces indirectas y confortables divanes.

Pensó en Byrd invitándola a ocupar uno de los divanes, ¿o se limitaría a seguir recordando los viejos tiempos del circo?

Continuó andando por la calle Lafayette.

A lo lejos vio el anuncio de neón. Hotel Druot.

Consultó su reloj. Faltaban cuatro minutos, pero no quiso esperar. Hacía mucho tiempo que Finch había terminado su actuación. Ya debería estar en el hotel.

En el escritorio vio a un joven que descabezaba un sueño.

Patsy anduvo con cuidado para no despertarlo y subió por la escalera.

Al encontrarse ante la puerta número nueve, decidió abrir sin llamar.

Hizo girar el tirador y empujó la puerta, que obedeció a su impulso.

Finch estaba de espaldas. Igual que lo vio en el remolque estaba frente a un espejo y conservaba casi toda la pintura de la cara. Ya había empezado a quitársela con un trapo que manejaba con la mano derecha. También tenía la calva postiza.

Él la estaba mirando reflejada en el espejo y sacudió la cabeza.

—Hable.

—Su amigo Ralph Brisson murió.

—¿Eh?

—Lo asesinaron en Bedford.

—¿Muerto?

—Sí, señor Finch... Casi vi cómo lo mataban.

Finch sacudió la cabeza de un lado a otro y se quedó mirando el suelo.

—Señor Finch, Brisson me dio un mensaje para usted.

—¿Sí?

—Me indicó que debía decirle lo siguiente: «Hay estrellas en tus ojos a las cuatro de la madrugada».

—¿Sólo eso?

—Sí, señor Finch. Fue todo lo que me dijo.

Finch hizo un gesto afirmativo. Se pasó el paño por la cara. Estaba impregnado de algo que disolvía fácilmente la pintura.

Patsy siguió mirando al espejo.

De pronto vio la boca de aquel hombre. La frente. La nariz.

El corazón le dio un vuelco. Ella conocía a aquel hombre.

Lo había visto antes. Estaba segura.

De pronto él tiró de la calva postiza y mostró el cabello.

Patsy lanzó un grito. El hombre que estaba sentado en la silla era Lex Morris, el jefe de los dos matones que habían asesinado a Ralph Brisson.

CAPÍTULO VII

—Buenas noches, Patsy —dijo Morris volviéndose hacia la joven.

Patsy se había convertido en un bloque de hielo.

—Usted...

—Al fin pudimos saber el mensaje de Brisson.

—¿Qué han hecho con el verdadero Finch?

—¿Le preocupa eso?

—Sí, me preocupa.

En aquel momento se abrió una puerta a la derecha.

Patsy volvió la cabeza y vio a sus dos antiguos conocidos, el gordito llamado Marty y el alto de las sienes hundidas. Salían del cuarto de baño y, por entre las piernas de ellos, Patsy vio a un hombre tendido en el suelo.

—Es Finch, ¿verdad, señor Morris?

—Sí.

La joven dio unos pasos hacía el hueco y vio a Finch igual que había visto antes a Brisson, de brucees y sobre un charco de sangre.

—Lo asesinaron... —Se volvió bruscamente hacia Lex Morris—. Ustedes son unos perros carniceros.

—Nena, ya le dije que no se trataba de ningún juego, pero debo explicarle algo para que sienta remordimientos de conciencia. Usted es la culpable de la muerte de Finch.

—Es usted un cínico.

—No conocíamos la existencia de este tipo. Usted nos condujo a él.

—¿Yo?

—Se creyó muy lista cuando se desvió por aquel camino antes de llegar a Bedford. Nos dimos cuenta enseguida, y la hubiésemos podido alcanzar en un par de minutos, pero a mí se me ocurrió una idea: ir detrás de usted, dejarla correr porque así nos conduciría hasta la persona a la que tendría que repetirle lo que le dijo Brisson... Sí, Patsy. No le perdimos la pista un solo momento. La vimos entrar en el circo, la localizamos junto al hombre que comía las palomitas de maíz y, naturalmente, después, yo mismo la seguí hasta el remolque del payaso.

—Confieso que he sido una estúpida, señor Morris. Finch sabía que nos estaban escuchando. Debió oír algún ruido en el carromato.

—Sostuvieron una conversación muy divertida, usted asombrándose de que él no recordase a Ralph Brisson, pero Finch también resultó un ingenuo. Le hizo la pantomima porque se había dado cuenta de que había alguien fuera... En fin, Patsy, no quiero cansarla...

—Deben tener prisa por alejarse de esta habitación donde han cometido su segundo crimen.

—Se está mejor en otras partes.

Morris se volvió hacia el espejo.

—Me quitaré esta pintura, señorita. Quiero salir con mi cara. Cuando me haya limpiado, habrá llegado su última hora.

—¿Eh?

Patsy vio por el rabillo del ojo algo que brillaba en la mano de Marty. Era un cuchillo.

—Gritaré —dijo ella.

El alto exhibió una pistola.

Morris dijo sonriendo:

—Apenas abra la boca para gritar, Elmer apretará el gatillo. Desde esa distancia nunca ha fallado. Le partirá el corazón de un

balazo... Le quiero conceder unos minutos de vida. Pero si se empeña en morir antes, es cuenta suya.

—Si me matan con la pistola, alguien oirá el estampido. No podrán escapar de aquí.

—¿Cree que no?

No, Patsy, no lo creía. Estaba segura de que podrían escapar sin el menor contratiempo. Estaban acostumbrados a aquella clase de trabajo. A matar.

Morris mojó el trapo en el contenido de una pequeña botella y se dispuso a seguir quitándose la máscara.

—Podíamos haberle sacado la confesión a la fuerza, Patsy, pero de pequeño yo tenía una manía; disfrazarme de payaso. Hace ya mucho tiempo de eso y quise recordar aquellos años.

—Imitó muy bien la voz de Finch.

—He tenido facilidad para eso y le aseguro que obtuve grandes éxitos.

Sobrevino una pausa.

—Señor Morris...

—¿Sí?

—No es necesario que me mate.

—¿Por qué lo cree así?

—Yo no sé nada del asunto.

—Es lo que tú dices —la tuteó.

—Brisson no me dijo nada. Lo habría hecho más tarde, pero no existió esa oportunidad porque ya está muerto. Usted escuchó a Finch a la otra parte del carromato. Tampoco él me aclaró las cosas.

—Voy a suponer por un momento que, efectivamente, no sabes nada. Estoy dispuesto a creerlo, pero eso no te puede salvar... Elegiste desde el principio un bando, el de Brisson. Traté de convencerte por todos los medios. Primero dándote dinero, pero tú rechazaste la oferta. Se te había metido una idea en la cabeza, avisar a la policía. Cuando creíste que habías escapado de nosotros, cambiaste de idea, te sentiste segura. Ya no querías avisar a la policía. Sólo querías hablar con Finch.

Patsy llevó aire a su pecho. Aquel hombre había analizado bien sus reacciones, había procedido tal como él decía.

—Le prometo que no diré nada a nadie. Volveré a mi ciudad.

—No, nena.

—Me persigue la policía.

—Ésa es precisamente la razón que nos obliga a hacerte desaparecer.

—No le comprendo.

—No vacilaste en tomar la decisión de avisar a las autoridades, a pesar de que te habías convertido en una fugitiva. Tu tía Jack nos contó lo que te pasó en Nueva York con tu jefe y su mujer... Sí, nena. Eso lo decidió todo. Debo admitir que eres muy valiente, estabas dispuesta a correr tu suerte con respecto a la denuncia de tu jefe... Tu sentido de la justicia te decía que tu deber era informar a los «polis» de la muerte de Brisson.

—Puedo haber cambiado de idea.

—No, Patsy. Tú no eres de las que cambian fácilmente. Y deja de pedir por tu vida. Está decidido. Has de morir.

Morris continuó limpiando su cara.

Sólo le quedaba la pintura de los dos ojos y primero se ocupó del derecho.

Patsy sentía un hormigueo en los pies. Estaba sentenciada a muerte, esperando el momento de su ejecución, y ésta ocurriría sólo unos minutos más tarde.

No podía hacer nada. ¿O sí podría?

Se volvió hacia los dos hombres. Uno de ellos manejaba el cuchillo. El otro la pistola.

Caminó hacia ellos lentamente. Tenía el bolso en la mano y dentro de él guardaba la pistola. No se la habían quitado.

Pero Elmer tenía también un arma en la mano. No podía abrir el bolso y sacarla para defenderse. Elmer le tomaría ventaja y ella no era una asesina. Había aprendido a manejar la pistola porque tuvo un pretendiente muy aficionado a las armas de fuego, allá en Nueva York. El muchacho, Jim, trabajaba en una fábrica de explosivos.

Muchos domingos Jim la había llevado a su cabaña, en los Adirondacks, y Jim, en lugar de pasar el tiempo abrazándola, prefería hacer ejercicios con la pistola. Ella se había dicho que si era su *hobby* debía sacar provecho de él. Por eso aprendió a manejar la pistola, pero estaba segura de que no lo haría tan bien como Elmer porque él era un asesino profesional.

Los dos hombres, Elmer y Marty, la miraban fijamente.

Ella se detuvo muy cerca de ambos y abanicó las pestañas.

—Los que me conocen dicen que soy una mujer volcánica. Uno de mis amigos aseguró que era puro fuego... ¿Hay alguno de vosotros que lo quiera comprobar...? Estoy dispuesta a dar algo a cambio de mi vida.

El alto rió.

—¿La oyó, señor Morris? Se comporta como una trotacalles...

Morris había terminado de quitarse el maquillaje del ojo derecho.

—Desde el primer momento dije que esta chica tenía sangre en las venas... ¿Lo recordáis, muchachos...?

—¿Qué decide, jefe? —preguntó Elmer.

Morris habló otra vez sin volver la cabeza, observando las imágenes que se reflejaban en el espejo.

—Nunca me ha interesado una persona que ha de morir.

—A mí tampoco —dijo Elmer.

El gordito Marty era el único que no había hablado.

Su nuez subió y bajó en la garganta. Tragó saliva.

—Jefe...

—¿Sí, Marty?

—Quiero confesarle una cosa.

—Anda, confíésalo. Estamos en el momento de las confidencias.

—Esta chica se me metió en los sesos.

—Me sorprende, Marty. Siempre pensé que te gustaban las de noventa kilos.

—Sí.

—*Esta chica no da los cincuenta y cinco.*

—Ya me cansé del mismo plato.

—Bueno, Marty, eso tiene fácil remedio. Elígelas a partir de ahora entre las que no lleguen a los noventa.

—Tengo ésta a mano.

—Ella va a morir.

—Déjemela una temporada.

—¿Por qué he de dejártela?

—Ya se lo he dicho. La chica me gusta.

—No, Marty.

—Yo le respondo por ella, señor Morris.

—¿Cómo vas a responder?

—La tendré tan pegada a mí como mi reloj.

—Imagino que el reloj te lo quitas de noche para dormir.

—A ella no me la quitaré.

Morris guardó silencio, considerando las palabras de Marty. Finalmente movió la cabeza en sentido negativo.

—No puede ser, Marty.

—¿Por qué no?

—¿Desde cuándo necesito darte razones?

—Oiga, Morris, si la chica ha de morir, yo me ocuparé de ella, pero será más tarde.

—No, Marty. Las cosas han de hacerse bien desde el principio.

—Se harán bien.

—Tú tienes experiencia en tu trabajo, Marty, y yo lo tengo en el mío. No me contradigas. Eso no me gusta nada.

Marty inspiró profundamente.

—Está bien. Que lo decida el jefe supremo.

Morris rió estremeciendo los hombros.

—Eso sería muy gracioso, que molestásemos al jefe para someterle este problema. Te has enamorado de la chica y quieres que viva una temporada... ¿Imaginas qué cara pondría el jefe cuando le planteásemos el asunto?

—Muy bien, me quedo con ella y no se le dice nada.

—La respuesta es «no», Marty.

Patsy observó que Elmer, el hombre de la pistola, estaba mirando a Morris.

Abrió el bolso con suavidad, sin hacer ruido. Sabía que si Elmer se daba cuenta de su movimiento le enviaría una bala. Pero era un riesgo que debía correr.

Su mano se acopló a la culata de la pistola.

Fue entonces cuando Elmer la miró.

Leyó en los ojos del asesino que se había dado cuenta de lo que ella estaba haciendo.

No titubeó en disparar a través del bolso.

Elmer lo hizo un segundo después.

Pero ya había recibido la bala, y el proyectil que envió pasó muy por encima de la cabeza de Patsy.

La joven se dio cuenta de que Elmer sólo había sido tocado en el hombro.

—¡Marty! —gritó Morris.

El gordito movió la mano hacia la axila.

Patsy se impresionó tanto por haber baleado a un hombre que, instintivamente, abrió la mano y su pistola cayó al suelo. Luego echó a correr.

Abrió la puerta de un tirón del apartamento.

Al llegar ante la escalera bajó los peldaños de dos en dos.

A su espalda oyó la voz de Morris.

—¡Mátala, Marty! ¡No puede escapar!

El hombre del escritorio ya había despertado. Se restregaba los ojos. Todavía tenía duda de si los estampidos formaban parte del sueño.

Patsy no se entretuvo en sacarlo de dudas. Salió a la calle y corrió como nunca lo había hecho antes de ahora.

Algunos peatones se la quedaron mirando.

Había cobrado una buena ventaja y la siguió conservando cuando se introdujo en el bar llamado La rosa de Tahití.

Ronald Byrd estaba sentado en un taburete.

Patsy llegó ante él y se detuvo respirando entrecortadamente.

—Hola, señor Byrd.

—Caramba, si es la señora forastera.

Patsy se dio cuenta de que Byrd había bebido con exceso.

—¿Me invita, señor Byrd?

—Naturalmente.

—Me gustaría un lugar más acogedor.

—Conozco un hotel...

—Prefiero uno de los divanes del fondo.

Ella misma tomó del brazo a Byrd y dio un tirón de él sacándolo del taburete.

Quería estar en el diván antes de que apareciesen los asesinos.

Ronald tuvo que darse mucha prisa para acompañarla.

Patsy eligió el diván del rincón más oscuro.

En ese momento vio a Marty aparecer más allá de la puerta de cristal.

Pasó de largo, pero se detuvo en la otra esquina mirando a una y otra parte de la calle.

Ronald Byrd dijo:

—No esperaba que viniese.

—Soy la chica de las sorpresas —dijo ella sin mirarlo porque tenía los ojos fijos en Marty.

De pronto el asesino miró hacia el bar. Titubeó unos instantes y por fin se puso en movimiento para entrar allí.

CAPÍTULO VIII

Patsy puso una mano en el hombro de Byrd, cubriéndose con éste para no ser vista por Marty.

—Señor Byrd, tiene usted un encanto especial...

—¿Eh? —Gruñó el hombre a quien gustaban las palomitas de maíz.

—Sus cejas, sus pestañas... esa arruguita en la comisura del labio... me han cautivado.

—¿Sólo eso?

—Sin contar las orejas.

—¿Qué le pasa a mis orejas?

—Son dos maravillosas coliflores.

—Oiga, Patsy, ¿acostumbra a hacer el amor así a los muchachos?

—No, con ellos utilizo otros procedimientos.

—¿Qué procedimientos?

—Los muerdo en el cuello.

Marty ya había entrado en el local.

Patsy acercó su cara a la del sorprendido Byrd.

—Ronald, me pasa con usted lo que no me ha pasado nunca con un hombre de cincuenta años.

—¿El qué?

—Me parece un muchacho.

Tiró de Byrd y le mordió el cuello.

Ronald fue a lanzar un grito, pero Patsy le cubrió a tiempo la boca con la mano. Dio otro tirón de él apartándolo unas pulgadas.

—Ronald..., Ronald —dijo—. ¿Qué me has dado...? ¿Te gustó el mordisco?

—Y yo sin saberlo... Infiernos, hasta ahora todas las mujeres huyeron de mí apenas les guiñé un ojo, me refiero a las que están entre los veinte y veinticinco años. Sólo me hacían caso las viudas. ¿Eres viuda, Patsy?

—No.

—Es un consuelo.

Marty se había vuelto de espaldas y eso quería decir que había examinado el local llegando a la conclusión de que Patsy no estaba allí.

Salió a la calle y desapareció en la dirección del hotel Druot.

Ronald pasó un brazo por la cintura de Patsy, pero, de pronto, ella le pegó un mandoble con el filo de la diestra.

—¿Qué es lo que hace, señor Byrd?

—Te abrazaba, nena.

—¿Cómo se atreve?

Byrd hizo una mueca de perplejidad.

—No te comprendo...

—Debería darle vergüenza, a su edad, estar en un lugar como éste con una chica joven. Váyase a casa y arrope a sus nietecitos.

—Patsy se levantó bruscamente y lo apuntó con el dedo—. Y otra cosa, señor Byrd, cuando vaya al circo, lleve a sus nietos con usted. Es un buen espectáculo para ellos y no le sirve de excusa eso de que constantemente piden esto o lo otro. Es preferible eso a que se convierta en un viejo verde.

Byrd la miraba con los ojos muy agrandados y la boca abierta.

Patsy no esperó más para salir del local.

Por unos instantes, tuvo la idea de ir al Circo Carrigan para hacerse cargo del automóvil en que había viajado desde Bedford a Cross City, pero pensó que quizá lo estarían vigilando. Por otra parte, ¿por qué iba a seguir huyendo? Ahora había conseguido

librarse de ellos. Su próximo paso debía ser una visita a la policía. Allá, en su fondo, se resistía a hacer aquella gestión porque significaría que tendría que hacer frente a ese pasado tan próximo que se refería al incidente de Nueva York, pero, si no dudó cuando se había cometido un asesinato, menos podía hacerlo ahora cuando sumaban dos.

Detuvo al primer peatón que encontró en su camino, después de esta reflexión y le preguntó por la comisaría. Estaba muy cerca. Sólo tenía que seguir calle adelante y luego torcer a la derecha. Enseguida vería el anuncio en la puerta.

Minutos más tarde Patsy entraba en la comisaría de policía de *Cross City*.

El operador estaba hablando a través del micro.

—Atención, coche 17, se ha recibido una llamada. Ha estallado una bombona de gas butano en el número 24 en la calle Independence. Uno de los inquilinos del apartamento ha sufrido un ataque de nervios y ha sacado un cuchillo diciendo que es el fin del mundo y que los matará a todos. Acudan rápidamente.

—Buenas noches —dijo Patsy cuando el operador recibió el cambio del coche patrulla.

—¿Qué se le ofrece, señorita?

—Vengo a hacer una denuncia.

—¿Acerca de qué?

—De dos asesinatos.

El operador era un hombre de unos veinticinco o veintiocho años, de cejas espesas y cabello corto.

—¿Dos nada más?

—No me cree, ¿verdad...? Quiero hablar con alguien que sea más importante que usted.

—¿Sabe que está de suerte...? Tenemos esta noche al jefe, al capitán Spencer Manners.

—Muy bien, hablaré con él.

—Espere, muchacha. El capitán es un hombre de mal genio. Antes de que le pasemos a un cliente, hemos de asegurarnos de que

no es ninguna broma.

—No es una broma.

—¿Dónde ocurrieron los asesinatos?

—El primero en Bedford y el segundo en *Cross City*.

—De modo que han asesinado a alguien en nuestra ciudad.

—Sí.

—¿A quién?

—A un hombre.

—Oiga, señorita...

—Avisé a su jefe o yo misma me abriré paso hasta él.

Un hombre que estaba tras una reja de separación había escuchado el diálogo entablado entre la joven y el policía.

—Soy el sargento Mulligan, señorita. Puede contármelo a mí también.

—Preferiría que fuese el capitán Manners.

—Disculpe, pero antes quiero formularle una pregunta. —El sargento hizo una pausa—. ¿Ha bebido?

—No, señor. Y puede someterme a cualquier prueba si desea una comprobación.

—No, no hace falta. No me pareció que tuviese una copa de más...

—Es usted muy observador, sargento, pero si me deja decirle, le aseguro que está perdiendo un tiempo precioso.

—¿Para quién?

—Para ustedes, a menos que no les interese capturar a unos peligrosos asesinos.

Mulligan tenía la frente arrugada y el mentón prominente.

—Está bien, señorita —concedió—. Avisaré al capitán.

Abrió una puerta en la que había una placa donde se leía: «Capitán Manners».

El operador carraspeó.

—Tenía que ocurrir en una noche en que yo estuviese de servicio. Ayer no pasó nada y hoy se juntan dos asesinatos... ¿Es en serio, señorita?

—No, agente. Lo soñé.

El operador hizo una mueca al oír el tono en que decía Patsy aquellas palabras.

El sargento Mulligan salió del despacho del capitán y mantuvo la puerta abierta.

—Puede pasar, señorita.

Patsy entró en la estancia.

El capitán Manners era un hombre de unos cuarenta años, robusto, de cabeza poderosa, ojos muy brillantes, de color verdoso.

—Buenas noches, capitán.

—¿Cuál es su nombre?

—Patsy.

—El sargento Mulligan me ha hablado de que se llegó a hacer una denuncia con respecto a dos crímenes.

—Es cierto.

—Dígame el nombre de las víctimas.

—Ralph Brisson.

El capitán entornó los ojos y miró al sargento.

—¿Lo conocemos, Mulligan?

—No, señor. Es la primera vez que oigo hablar de alguien que se llame así.

—¿Dónde mataron a Brisson?

—En Bedford.

—Lo siento, señorita, pero nosotros no tenemos jurisdicción sobre Bedford. Debió hacer la denuncia a las autoridades de allí.

—Muy bien, si usted representa la autoridad en *Cross City*, le haré la denuncia que le corresponde.

—El otro crimen, ¿eh?

—Sí, señor.

—Nombre de la víctima.

—Allan Finch.

El capitán miró al sargento, y éste sacudió la cabeza.

—Sé quién es. Un artista del circo Carrigan. Es aún más conocido con el nombre de Windy. Trabaja con otro tipo, Adolphe Harlow, que

se hace llamar Tom.

El capitán sacudió la cabeza.

—¿Quién mató a ese payaso, señorita?

—Dos hombres. Elmer y Marty, aunque también hay mezclado otro tipo, el jefe de los dos, un tal Lex Morris. Le contaré toda la historia...

—Espere un momento, señorita. Antes que nada, hemos de hacer una comprobación. ¿En qué lugar mataron a Finch? ¿Quizá en el mismo circo?

—No. En un hotel de la calle Lafayette, el Druot. El señor Finch ocupa la habitación número nueve.

—Mulligan.

—Diga, señor.

—¿No es corriente que un artista de circo viva en el remolque?

—Sí, todos los artistas del Circo Carrigan viven en remolques.

El capitán enarcó las cejas mirando a la joven.

—¿Tiene explicación para eso?

—Sí, el señor Finch me citó en el hotel Druot, habitación nueve. Pero no para lo que usted cree.

—Haga una pausa, señorita Leeds. —El capitán se volvió a Mulligan—. Sargento, haga una llamada al hotel Druot y compruebe la denuncia de esta señorita. Utilice mi teléfono.

El sargento se dio mucha prisa.

—¿Hotel Druot?

—Sí.

—Aquí el sargento Mulligan. Oye, Tony, ¿qué pasó en el hotel esta noche...? ¿Cómo...? ¿Estás seguro...? Está bien Tony, sólo era eso. Gracias.

El sargento Mulligan colgó. Miró a la joven y luego al capitán.

—No ocurrió nada.

Patsy dio un paso hacia adelante.

—¿Qué dice, sargento?

—He hablado con Tony y me ha dicho que no pasó nada.

—Si Tony es el muchacho que yo vi en el escritorio descabezando un sueño cuando entré, debo decirle que despertó al oír los dos disparos.

—¿Qué disparos, señorita?

—Herí a Elmer, el más alto. El iba a disparar contra mí, pero, como ya estaba herido, no dio en el blanco.

—Deme su pistola.

—No la tengo. Se me cayó en la habitación del hotel.

El capitán se echó en el respaldo del sillón.

—Disculpe, Patsy, pero todo eso que está contando parece formar parte del argumento de un filme de Hollywood.

—¿Es que no me cree, capitán?

—Soy policía, señorita Patsy, y por ello solo puedo creer aquello que está corroborado con pruebas. Si no fuese así, valdría más que presentase mi dimisión.

—Pero le estoy contando la verdad.

—Oiga, Patsy —dijo Mulligan—. ¿Por qué no hace una cosa?

—¿Qué quiere que haga?

—Váyase a casa y eche un sueño. Cuando despierte, verá cómo se siente mejor.

—Cree que estoy loca, ¿verdad? Ande, pregunte si me he escapado de un sanatorio de enfermos mentales.

El capitán carraspeó.

—Mulligan, me disponía a ir a mi casa. Patsy vendrá conmigo. Me detendré un momento en el hotel Druot.

—Es una buena idea —dijo Patsy—. En la habitación número nueve tiene que estar la bala que Elmer me disparó. Ésa será la prueba que usted necesita para creerme, capitán.

El capitán Manners movió la cabeza dubitativo. Finalmente se puso en pie.

—Está bien, señorita. Mulligan, quédate aquí por si te necesito. Te haré una llamada desde el propio local.

—Corriente, jefe.

Manners tomó del brazo a Patsy y salieron de la comisaría.

El capitán señaló un coche negro de la policía. Él ocupó el volante y Patsy se sentó a su lado.

Diez minutos más tarde, Manners estacionaba el vehículo junto al hotel Druot.

Entraron en el hotel, y el muchacho del escritorio se enderezó.

—Buenas noches, capitán Manners.

—¿Conoces a esta joven, Tony? Mírala atentamente.

Tony miró a la muchacha, se pasó la lengua por los labios y luego dijo:

—No, señor.

—¿Cómo qué no? —saltó Patsy—. Eres un embustero. Claro que me conoces. No hace aún una hora que estuve aquí.

—Eh, Patsy —intervino el capitán—. Usted misma dijo que cuando llegó al hotel, el muchacho estaba durmiendo.

—Sí, pero estaba despierto cuando salí, y me tuvo que ver.

Tony soltó una risita.

—Capitán, le aseguro que es la primera vez que veo a esta muchacha.

—Yo te voy a dar a ti —exclamó Patsy. Y fue a saltar sobre Tony, pero el capitán la tomó del brazo.

—Espere, Patsy. Subiremos a la habitación. Tony, ¿tuviste esta noche un huésped cuyo nombre corresponda a Allan Finch?

—No señor.

—¡Es otra mentira! —gritó Patsy—. Allan Finch estaba hospedado en la habitación número nueve.

—Dame el libro del registro, Tony.

—Sí, capitán.

Tony puso delante de Manner un libro de tapas rojas.

Manners examinó las hojas durante un par de minutos.

—Aquí está. Habitación número nueve... Wendell Heyburn, llegó esta tarde procedente de Cincinatti.

—Está claro, capitán —dijo la joven—. Ese Wendell Heyburn es Allan Finch. Debió hospedarse con nombre supuesto porque sabía que corría un peligro de muerte.

—¿Está el señor Heyburn en su habitación, Tony?

—Claro que está —dijo la joven—. Muerto.

—Oiga, capitán —gruñó Tony—, ¿de dónde sacó a esta chica...?

Patsy fue a lanzarse de nuevo sobre él, pero el capitán Manners lo impidió.

—Tranquilícese, señorita.

—Pero ¿es que no ha visto la desfachatez de este truhán?

—Usted y yo subiremos a la habitación número nueve.

—Muy bien, capitán. Veremos lo que dice Tony después. Pero si yo estuviese en su lugar, lo esposaría para que no pudiese escapar.

—No se preocupe. Tony estará aquí cuando nosotros bajemos. Él sabe que si echara a correr lo atraparíamos enseguida.

Subieron por la escalera y, al llegar ante la puerta marcada con el número nueve, el capitán Manners pulsó el timbre.

—Finch nunca podrá abrirle, capitán —dijo Patsy—. Lo asesinaron.

En aquel momento se oyó el crujir de un somier.

Transcurrieron otros cinco segundos y la puerta fue abierta por un hombre de cabello revuelto que se cubría con pijama a rayas. Este hombre frisaba en los cuarenta y cinco años y tenía los ojos muy separados y la boca pequeña.

—¿Qué quieren? Encargué en el escritorio que no me despertasen. Llegué muy cansado de Cincinnati.

La joven dio un paso para ver el número de la puerta. No, no se habían equivocado. Continuaba siendo el número nueve.

—Eh, ¿qué hace usted ahí? —dijo al hombre del pijama a rayas—. Ésta no es su habitación.

—¿Qué dice...? Llevo varias horas en este cuarto. Me dieron la llave abajo, en el escritorio.

—Disculpe, señor Heyburn —medió el capitán Manners—. Siento mucho haberlo molestado. Puede continuar durmiendo.

—Eso espero —repuso furioso el señor Heyburn, y cerró la puerta con brusquedad.

—Eh, capitán —exclamó Patsy—. Ese hombre no puede dejarnos aquí...

Se dispuso a pulsar el timbre, pero Manners la interrumpió de nuevo.

—Le faltó hacer una comprobación, capitán, la más importante. El agujero de la bala.

Manners dio un suspiro.

—Soy un hombre con mucha paciencia, Patsy, y estoy dispuesto a olvidar este incidente, pero sería mejor por su parte que no insistiese.

La joven apretó los menudos dientes.

—Está bien, capitán Manners.

—Ande, venga conmigo. La llevaré adonde quiera.

—No hace falta que me lleve a ninguna parte.

—¿Por qué se siente molesta? ¿Cree que es razonable su actitud? Escuché su denuncia y vine en persona a comprobarla.

—Si no fuese porque estoy segura, empezaría a creer que el sargento Mulligan tiene razón al pensar que soy una chiflada.

El capitán le dio una palmada en el hombro.

—Quizá sufrió una impresión por alguna causa... No se preocupe, Patsy. Se le pasará pronto. Tengo una hermana que de vez en cuando sufre alucinaciones. Está en tratamiento y cada día mejora...

La joven miró con ojos chispeantes a Manners.

—Usted también cree que todo ha sido producto de mi imaginación. Piensa que lo inventé, que el relato que le hice salió de mi cabeza.

Manners no dijo nada.

—Muy bien, capitán. Yo también me cansé de repetirle que sólo he dicho la verdad. Gracias por todo.

La joven se bajó la escalera rápidamente. Al llegar abajo, Tony, que estaba con los brazos cruzados sobre el tablero del escritorio, la obsequió con una sonrisa de sarcasmo.

—Apuesto a que encontraron a Al Capone en persona.

La joven se detuvo apretando los puños.

—¿Cuánto te pagaron, Tony?

—Tratándose de Al Capone, no me fue mal del todo. Recibí veinticinco mil dólares. Tendré para comprarme un coche... El bueno de Al también me pasó a una de sus rubias, pero estoy dispuesto a renunciar a ella por usted.

—¡Desvergonzado! —exclamó Patsy, y salió del hotel.

Echó a andar hacia adelante sin fijarse en nada. Estaba confusa.

No, la historia no había surgido en su pensamiento. Estaba convencida de que ella había vivido unos hechos reales. En el cementerio de Bedford conoció a un hombre llamado Ralph Brisson que iba en busca de la tumba de un antiguo compañero, Dennis Hardie. Más tarde mataron a Brisson, ella lo vio tendido de bruces en medio de un charco de sangre. Y también había sido real la persecución de que acababa de ser objeto por parte de Morris, Elmer y Marty, que había terminado en *Cross City*, donde se encontraba el otro hombre, Allan Finch, a quien debía transmitir el mensaje de Brisson.

Ella había visto también con sus propios ojos el cadáver de Finch en la habitación que acababa de abandonar. Y había disparado su pistola sobre Elmer. Lo había herido.

Nada fue inventado. Todo era tan cierto como que ella era Patsy Leeds, una joven que unos días antes se encontraba en Nueva York, muy ajena a que el destino le deparaba la más sorprendente de las aventuras.

De repente, sus pensamientos fueron interrumpidos por alguien que la tocó por detrás.

Fue a volverse, pero el hombre casi se le echó a las espaldas.

—Quieta, nena.

Patsy lanzó un grito.

El hombre que la estrechaba contra sí era un desconocido. Estaba por los treinta años y era de cabello negro, ojos oscuros y boca carnosa.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Silencio. Vaya al coche.

—No acostumbro a acompañar al primer hombre que me encuentro en la calle.

Dio un tirón y logró librarse del hombre, pero otra mano la atrapó por el lado opuesto.

Era un segundo hombre a quien tampoco conocía, rubio, de la misma edad que el primero.

—Obedezca, Patsy.

—¿Qué quieren de mí?

—Darle un paseo.

—Yo no voy a pasear con nadie.

—Le conviene cerrar la boca. Y dese prisa. No hemos venido aquí a perder el tiempo.

Un coche se deslizó por junto al bordillo de la acera.

Patsy supo que la iban a meter en él. Se dispuso a gritar, pero el rubio le cubrió la boca con la mano.

La tomaron en volandas. Se debatió, pero aquellos dos hombres eran muy fuertes. Sus manos eran como tenazas. La estaban secuestrando en plena calle, aun cuando fuese más de medianoche.

Patsy tuvo la esperanza de que alguien la viese. Deseó oír el grito de una mujer. Pero esperó en vano.

El hombre que estaba ante el volante hizo arrancar el coche que estaba parado con una sacudida.

—¡Suéltense! —dijo Patsy cuando pudo hablar.

Los dos hombres la dejaron libre y ella quedó entre ambos, respirando con furia.

—Son ustedes unos salvajes.

—Yo en su lugar me callaría —dijo el hombre de la boca carnosa.

—No me importan sus consejos. Sé que me van a matar, pero antes sabrán lo que opino de ustedes.

—¿Sí?

—Sólo son una pandilla de vulgares asesinos, pero todos acabarán por pagarlo. Morris, el gordito Marty y hasta mi tío Jack... No sé lo que se traen entre manos, pero, tarde o temprano, alguien lo descubrirá y entonces les habrá llegado la hora.

—Entre tanto, mientras nos llega a nosotros la hora, fume un cigarrillo —dijo el rubio.

Le ofreció el paquete.

—Ya entiendo, soy una condenada a muerte y tengo derecho a un trato de favor... Es posible que me ofrezcan un trago de *whisky*.

—Y dos también, si quiere.

—Pretenden emborracharme para simular un accidente. Es eso, ¿eh? De esa forma, todo les saldría redondo... Apuesto a que sé cuál es su plan. Cuando yo esté embriagada, me pondrán delante del coche, me atropellarán y luego se darán a la fuga. Cuando el forense me haga la autopsia, dirá que yo iba bebida...

—Tiene mucha imaginación —dijo el rubio tendiéndole un cigarrillo.

Patsy lo encendió con la llama del fósforo que le ofrecía el hombre de la boca carnosa.

Ya habían salido de *Cross City* y corrían por una carretera solitaria.

Patsy se dijo que habían elegido aquel lugar para acabar con ella. No tardarían en hacerlo. Bastaría que el coche se detuviese y eso significaría para ella que se podía despedir del mundo de los vivos.

De pronto, el hombre del volante, un tipo con cuello de toro y orejas como soplillos, hizo girar el volante hacia la izquierda.

Patsy vio delante del coche, a lo lejos, un anuncio de neón rojo «Motel Paradise».

El tipo de cuello de res llevó el coche a la playa de estacionamiento. Luego se abrieron las portezuelas y los hombres saltaron fuera. El rubio atrapó a Patsy del brazo.

—Vamos, salga de ahí.

—No me toque. Puedo andar por mi propio pie.

Vio unos *bungalows* ante sí. Estaban envueltos en la oscuridad, a excepción de uno de ellos cuyas ventanas aparecían iluminadas. Fue justamente aquél hacia el cual se dirigieron.

—Ya entiendo —dijo Patsy—. Ed señor Monis quiere saborear su triunfo antes de matarme.

Ninguno de los hombres dijo nada.

El rubio abrió la puerta e hizo una señal a Patsy para que entrase.

La joven entró en la estancia, pero sólo llegó a dar dos pasos.

Un hombre estaba en el vestíbulo, de pie.

Un hombre al que ella conocía.

Ralph Brisson.

CAPÍTULO IX

—Hola, Patsy.

La joven pestañeó.

—No puede ser. Usted es un espectro...

—¿De veras?

—Yo lo vi muerto... Lo toqué con mis propias manos... Lo mataron en la habitación del hotel de Bedford.

—No, Patsy. No fui yo. —Brisson hablaba con pesar—. Fue un compañero mío. Los asesinos entraron en mi busca, pero yo no estaba allí. Logré despistarles cuando salí del restaurante. Entonces ellos fueron al hotel. No me encontraron a mí, pero hallaron a Joe Stuart, un estupendo camarada. De haber sabido que Joe me estaba esperando en la habitación, habría acudido a la cita.

—Ahora lo comprendo. La cara del hombre estaba desfigurada por los golpes.

—Fueron esos canallas, Elmer y Marty.

—Pero ¿quién es usted realmente, señor Brisson?

—Ahora se lo puedo decir, Patsy. —Ralph hizo una pausa—. He utilizado siempre mi verdadero nombre, Ralph Brisson, pero su profesión no es la de agente de seguros. Soy un agente del Gobierno y presto mis servicios en el Departamento del Tesoro.

La joven hizo un gesto de asombro.

—Entonces los hombres que me han secuestrado...

—Son compañeros míos. Todos juntos estamos encargados de la misma misión.

—¿Qué misión?

—La de acabar con una poderosa banda internacional.

—La de Morris, Marty, Elmer y mi tío Jack.

—Sí, pero ellos son sólo unos modestos peones. Nuestro objeto era mucho más alto: desenmascarar a los jefazos.

—¿A qué se dedica la banda?

—Falsifican bonos del Tesoro de los Estados Unidos que luego colocan por todo el mundo. Se trata de un trabajo perfecto. Sólo un especialista puede conocer la diferencia entre los bonos legítimos y los falsos.

—Pero, señor Brisson, ¿por qué fue al cementerio de Bedford?

—Porque es allí donde los fabrican.

—¿Se refiere al panteón de Dennis Hardie?

—Exactamente. Debajo de la lápida con el nombre de la familia Hardie, está la maquinaria con que esa gente tira los bonos. Habríamos podido desmantelarla y cazar a cuantos tuviesen relación directa con la falsificación, pero nuestro jefe se dio cuenta del peligro que existía si no atrapábamos a los cerebros directivos de la banda. Esos hombres, pasado algún tiempo, podrían empezar a trabajar en otra parte. Por ello, las órdenes que recibimos fueron estrictas. No debíamos detener a nadie hasta identificar a los jefes.

—¿Ya lo lograron?

—Sólo a uno de ellos, pero existe otro, el más importante.

—¿A quién identificaron?

—A un conocido suyo, el capitán Manners, el jefe de policía de Cross City.

—¿El capitán...? Ahora comprendo muchas cosas... Fueron ellos los que prepararon la escena del hotel... Casi me volvieron loca.

—No, no habrían dejado que se volviese loca. La habrían cazado enseguida, Patsy. Por eso di orden a los hombres que la acompañaron de que la raptasen. Era el único medio de evitar su muerte.

—Pero hay cosas que yo no entiendo, o quizá resulten demasiado complicadas para mí.

—¿Por ejemplo?

—Usted fue derecho a la tumba de Dennis Hardie. Imagino que la historia de que fueron compañeros en Corea no era verdad.

—Tenía que alegar una excusa.

—Pero usted se expuso a morir puesto que dio su verdadero nombre. Mi tío Jack debía conocer que usted era agente del Tesoro.

—Sí, Patsy. Todo fue premeditado. Sólo quería lograr una cosa, que la pandilla, su tío Jack, Morris, Marty, Elmer y una docena de otros tipos se considerasen en peligro y se decidiesen a establecer contacto con sus jefes. Mis compañeros estaban vigilando a unos cuantos tipos que teníamos fichados, con la esperanza de llegar hasta los cerebros de la pandilla.

—Y según usted, ha dado resultado.

—Sí, aunque hasta hace poco no lo comprobamos. Morris se puso en contacto con Manners. Naturalmente, con eso no bastaba, pero la conducta del capitán con respecto a usted ya no nos dejó dudas.

—Señor Brisson, usted me dio un mensaje en el restaurante... Yo debía decirle a Allan Finch unas palabras que grabé en mi memoria. «Hay estrellas en tus ojos a las cuatro de la madrugada». ¿Finch también era un agente del Gobierno?

—No. Un simple enlace. Había prestado buenos servicios al Departamento. Todos hemos sentido su muerte, pero su sacrificio no habrá sido en vano. Acabaremos con esa pandilla, desde los jefes hasta el último matón.

—Todavía no me ha explicado lo del mensaje. ¿Qué quería decir con esas palabras a Finch?

—Quise salvar su vida.

—¿Cómo?

—Me di cuenta de que el hecho de que nos descubriesen juntos, significaba la muerte para usted. Si yo le decía unas palabras sin ningún significado ellos tratarían de sacárselas. Recuerde que

pronuncié mis palabras cuando sabía que los dos hombres me estaban mirando. Quise hacer una buena interpretación. Y para acentuar más mi papel, le agregué algo de regalo cuando me puse en pie.

La joven cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Dios mío... Casi me volví loca pensando en lo que había querido decir. ¡Y estuvieron a punto de matarme para hacerme cantar!

—Sí, pero usted es una chica de mucho carácter y estaba seguro de que no les diría nada, al menos durante algún tiempo. Ellos no la matarían mientras usted tuviese la boca cerrada. Usted es inteligente y también llegó a esa conclusión.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, no sé realmente por qué lo hice. Me llegaron a ofrecer hasta cinco mil dólares.

—Tuve que citar a Finch, nuestro enlace, para que el mensaje fuese perfecto. —Ralph dio un paso hacia la joven—. Pero sólo quise reparar un error.

—¿Un error?

—Sí, me sentí atraído por usted y cometí la torpeza de hablarle cuando la encontré por segunda vez.

—¿Su invitación para almorzar formaba parte de su plan?

—No, Patsy. Sólo sentía deseos de estar con usted, pero, cuando se presentaron aquellos dos hombres, me maldije a mí mismo, porque comprendí que la había metido en el lío.

—Se puso muy pálido.

—Le aseguro que ha sido la primera vez en mi vida que me ha ocurrido una cosa como ésa. Si reaccionase así en un momento de peligro, mi jefe me arrojaría por la ventana. Un agente del Gobierno debe tener un poco más de sangre fría.

—Usted la recuperó inmediatamente, cuando montó el tinglado del mensaje.

—Al menos mi cerebro no se quedó en blanco. Ése fue el único tanto a mi favor. Por añadidura, avisé a Finch. En cuanto pude, le telefoneé a Cross City. El quedó enterado de todo.

—Entonces. ¿Finch sabía que no tenía ningún significado el mensaje?

—Exactamente, pero también le di cuenta de la existencia de usted. Le advertí que usted se había escapado de las manos de Morris y que, con toda seguridad, se dirigiría a *Cross City*, en cuyo caso él se debía preparar para ayudarla. Es lo que hizo Finch, aunque esos miserables le ganaron por la mano.

—¿Cómo supo que yo había escapado de Morris?

—Logré la colaboración de uno de mis compañeros, el rubio que conoció antes, Ken Hayes. Montamos en un coche y nos dirigimos al cementerio de Bedford para sacarla del apuro. Cuando salimos de la ciudad, vimos de pronto el coche de Morris. Ellos dieron la vuelta y en un principio creímos que nos habían descubierto, pero no se trataba de eso. Luego doblaron por un camino vecinal.

—Iban en mi persecución.

—Ésa es la consecuencia que sacamos. Nos limitamos a ir detrás. Pero surgió lo imponderable. Se nos averió el automóvil en el camino. Nunca he pasado peor rato. Ken y yo intentamos reparar la avería sin resultado. Perdimos media hora antes de que pasase un coche. Eso significó la muerte de Finch. Para colmo, el vehículo era de un granjero repartidor de huevos que conducía una camioneta de hace veinte años. Ken y yo viajamos un rato con el granjero, hasta que pudimos pescar a otro coche que corría más aprisa. Pero de todas formas, cuando llegamos a *Cross City* ya había ocurrido lo irreparable, Finch estaba muerto, aunque usted había logrado huir por sus propios medios.

Patsy se acercó a Brisson.

—Me ha hecho pasar muchos apuros, Ralph.

—Lo siento. Ya he dicho que me considero culpable de todo.

Se miraron un momento a los ojos. De pronto él la tomó por los brazos y dio un tirón de ella. Sus bocas quedaron unidas.

Patsy apartó su cara, y Ralph dijo:

—Cuando te vi en la casa del cementerio, pensé que también formabas parte de la banda, Patsy, y debo decirte que deseé mucho

equivocarme.

—Ralph, yo te di por muerto y me empeñé en hacérselo pagar a esos hombres... Creo que sentí tu muerte como si te hubiese conocido desde mucho tiempo atrás... Ahora sé por qué.

Se besaron otra vez.

En aquel momento se abrió la puerta. Era el rubio Ken.

—Disculpa, Ralph, pero dijiste que teníamos que regresar a *Cross City* cuanto antes.

—Vamos ya, Ken.

Ralph tomó del brazo a la joven.

—Vendrás con nosotros, Patsy. No quiero que pases por más peligros.

* * *

Patsy entró en la habitación seguida de Brisson. Dos hombres manipulaban con auriculares.

—Hola, muchachos —saludó Ralph—. ¿Alguna novedad?

Uno de los hombres, el más joven, se volvió hacia un magnetofón y lo puso en marcha.

—Escucha esto, Ralph. Seguro que te gusta.

La cinta se deslizó y al cabo de un rato se oyó una voz.

—¿Sí?

—Capitán Manners, soy Lex.

—¿Qué pasa, Lex?

—Se llevaron a la chica.

—Ya sé que se la llevaron. Yo mismo di la orden de que la atrapasen a un par de manzanas del hotel.

—Se la llevaron, pero no fueron los nuestros.

—¿Qué quieres decir, Lex?

—Dos tipos nos ganaron por la mano.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—Nuestros hombres los vieron desde muy lejos y no pudieron apreciarlo. Metieron a la chica en un automóvil que siguió una dirección contraria a aquélla en la que estaban nuestros muchachos.

—¿Es que no siguieron a ese automóvil?

—Ya le he dicho que los pilló de sorpresa. Se metieron en el coche inmediatamente, y cuando iban a salir disparados, les interrumpió el camino otro vehículo, conducido por un tipo que estaba borracho. Gracias a eso, los otros secuestradores lograron una ventaja decisiva. Cuando nuestros muchachos lograron salvar el obstáculo, ya habían perdido la pista. Se pusieron a dar vueltas por los alrededores de Cross City, pero ya no sirvió de nada. Capitán, uno de nuestros hombres nos dio una explicación con respecto a la desaparición de la muchacha. Usted lo conoce. Se trata de Gerald Harmond.

—¿Qué os ha dicho Gerald Harmond?

—Nos aseguró que éste es el cuarto secuestro que ocurría desde hace un mes y que todos son obra de la misma pandilla. Se trata de unos muchachos, seis o siete, y el mayor de ellos no ha cumplido todavía los diecinueve años. Se dedican a cazar a las muchachas que van por la calle a altas horas de la noche... Usted debe estar enterado de eso.

—Sí, Lex. Ya recibí algunas denuncias durante los últimos meses y conozco al jefe de esos muchachos, al que todos obedecen. Se llama Dick Lacoma, pero él es el hijo de uno de los jerifaltes más importantes de la ciudad. Hasta ahora no he querido meterme en el asunto. Es un hombre influyente en la política y me podría costar el cargo. Lo he tenido que soportar.

Se oyó una risita.

—Espero que esa chica pase un mal rato.

—Lo pasará. Dejarán a Patsy en la ciudad donde la hayan llevado, Lex. Es necesario que la cacemos nosotros.

—No se preocupe.

—¿Que no me preocupe...? Me habéis demostrado que sois una pandilla de estúpidos.

—Capitán, todo se ha hecho como usted lo trazó.

—Yo dije que había que retirar a esa muchacha de la circulación cuando se separase de mí.

—Es lo que íbamos a hacer.

—Pero no lo hicisteis, Lex, y tú sabes que en nuestra organización no se puede cometer un fallo.

—No volverá a ocurrir.

—Están ocurriendo demasiadas cosas absurdas desde que esa muchacha se interpuso en nuestro camino.

—El único que tiene la culpa es Jack O'Malley.

—Arréglale las cuentas.

—Sí, capitán.

—Pero preocúpate de que pase por un accidente.

—De acuerdo.

—Lex, te hago una advertencia. No toleraré un nuevo error. La próxima vez tú serás el responsable.

—Corriente, capitán. Pero, si me permite decirlo, tal como están las cosas, deberíamos tomarnos unas vacaciones.

—No eres tú quien puede decidir eso.

—Oiga, Manners, tengo mucha experiencia en esta clase de asuntos. Cuando el barco hace agua, es mejor abandonarlo. Después de todo, el negocio nos fue bien.

—Todavía falta ventilar una operación. Hay quinientos mil dólares en juego. Aguantaremos hasta el final, ¿lo oyes, Lex?

—Sí, capitán, pero ¿cuándo se realizará ese último negocio?

—En el plazo de una semana. Entonces nos reiremos de cuantos han intentado cazarnos.

—Yo respeto su opinión, capitán, pero sigo pensando que mi idea es la mejor. Le tengo echado el ojo a un rincón de la América del Sur, un verdadero edén... Quiero construirme allí una casa. Y no me gustaría perderme los años que me esperan en un lugar como ése...

—Descuida, Lex. Todo irá bien. No olvides a esa chica. Ha de caer en nuestras manos. En cuanto la cojáis, ya sabéis lo que tenéis que hacer, Nada de contemplaciones.

—Esta vez se hará todo como se debe hacer.

—Eso espero, Lex.

Inmediatamente se oyó un chasquido. La comunicación había quedado interrumpida.

—Hermoso, ¿verdad, Ralph? —comentó el agente que había manejado el magnetofón.

—Lástima que no sirva para nada. Los tribunales rechazarán esta prueba.

—Nos sirve a nosotros.

—Al desenmascarar al capitán como uno de los jefazos de la pandilla supusimos qué clase de tipejo era.

El otro agente hizo chascar los dedos. Era la señal.

El teléfono, que había sido interferido, era manejado por alguien.

—Eh, Ralph —dijo el hombre en un murmullo—. Es conferencia de larga distancia. Nueva York.

Los músculos faciales de Brisson se pusieron en tensión.

—Aumenta el volumen, Dick.

—¿Sí? —dijo la voz del capitán Manners.

—Spencer, aquí Sheridan.

—¿Cómo estás, Andrew?

—Perfectamente. Recibí la mercancía sin novedad. Dentro de dos horas salgo para París.

—¿Y luego?

—Mi segunda escala será Suiza.

—Imagino que allí realizarás el negocio.

—Correcto, capitán.

—¿Cuánto tiempo tardarás en hacerlo?

—Diez días.

—Demasiado tiempo, Andrew.

—Es extraño que digas eso, capitán. Casi siempre he invertido de quince a veinte días.

—Sí, Andrew, lo sé, pero ahora las cosas han cambiado. Surgieron complicaciones.

—¿Qué complicaciones?

—Los agentes del gobierno husmearon en el asunto. Uno de ellos descubrió la ubicación de nuestra fábrica particular.

—Eso es absurdo.

—No te preocupes, Andrew. A estas horas no queda nada en aquel lugar... Bueno, sólo lo de siempre, unos ataúdes llenos de huesos.

—¿Qué hay de ese agente?

—Logró escapar, pero no podrá hacernos daño.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No conoce mi identidad ni la tuya. Tú sabes que sólo existe una persona que está al corriente de que tú y yo somos los que dirigimos la organización. Lex Morris.

—Exacto, capitán, y por tanto bastará que Lex Morris caiga en poder de la policía para que nosotros seamos delatados.

—Lex Morris nunca caerá en poder de los agentes federales porque yo me voy a ocupar de él.

—Ya entiendo.

—El pobre Lex había soñado pasar una temporada en cierto lugar del paraíso... Resulta gracioso pensar que se va a encontrar en él mucho más pronto de lo que él imagina, aunque quizá se equivoquen al darle el boleto y lo envíen al infierno.

—¿Cuánto tenemos en existencias?

—Un millón más.

—En tal caso, regresaré en cuanto pueda de Suiza. Para cuando vuelva, espero que tú y yo nos encontraremos a solas, sin nadie que nos estorbe, y para eso bastará con que Lex desaparezca. Si aserramos ese eslabón de la cadena, el resto de nuestros hombres quedará abandonado a su propia suerte.

—Te ha salido una frase redonda, Andrew.

—Bueno, capitán, ya lo hablamos todo. Debo preparar mi valija.

—Buen viaje, Andrew.

—Gracias.

Nuevamente, se cortó la comunicación.

Ralph dejó exhalar el aire que contenían sus pulmones.

—Bueno, muchachos, éste es un gran día. Al fin los tenemos. Éste era nuestro último hombre y con eso hemos completado las piezas que queríamos ver en nuestra red. Es tu turno, Cliff. Necesitamos información acerca de Andrew Sheridan. Yo, mientras tanto, hablaré con Washington.

CAPÍTULO X

Continuaban en la habitación en donde los agentes federales habían interferido el teléfono de Manners.

Ralph colgó el auricular después de hablar con Washington y se volvió hacia sus compañeros.

—Bien, ya sabemos quién es Andrew Sheridan. Un empleado de nuestro propio Gobierno.

Ken Hayes sacudió la cabeza.

—Otro garbanzo negro en la olla.

—Lleva doce años prestando servicio en el Departamento del Tesoro. Ha desempeñado importantes cargos en misiones comerciales por cuenta de nuestro país y representando a la ONU. Viaja con mucha frecuencia con motivo de su trabajo... 43 años, 167 de talla, moreno, ojos azules, nariz recta... Se graduó en Harvard en Ciencias Económicas. Tomó parte en la segunda guerra mundial, en oficinas.

—Qué héroe... —dijo uno de los agentes.

—Bien, muchachos. Está localizado y los muchachos de Nueva York se encargarán de él.

Ken se frotó las manos.

—Eso quiere decir que se levantó la veda.

—Sí. Vamos a la caza de Manners.

—Silencio —dijo el agente que vigilaba el teléfono de Manners.

La voz del capitán llegó otra vez por el micro que estaba en contacto con el magnetofón.

—¿Sí?

—Capitán Manners, soy Lex otra vez.

—¿Qué pasa, Lex?

—Hemos sido vendidos... Nos tienen atrapados.

—Lex, ¿a qué vienen esos histerismos?

—¡Le digo que están a punto de cazarnos...! Su teléfono está interferido. Escuchan nuestro diálogo, incluido lo que está diciendo ahora.

Inmediatamente Lex colgó.

Ralph habló con rapidez.

—Bien, muchachos, vamos antes de que el tiburón se escurra hacia aguas más profundas. —Palmeó a Patsy en el brazo—. Tú te quedas. Volveré por ti eh cuanto haya terminado.

—Sí, Ralph.

Ralph y sus compañeros salieron de la habitación.

* * *

El capitán Manners colgó.

Su cara se había quedado blanca como el yeso.

¿Sería verdad lo que le acababa de decir Morris, que el teléfono de su casa estaba interferido?

—¿Qué te pasa, Spencer?

Era su mujer quien se lo preguntaba. Estaba sentada en un sillón de inválida. Llevaba en aquel sillón once largos años. Él la había atendido solícito durante la primera época, dos o tres años, pero luego cada día le resultó aquel trabajo más pesado. Por añadidura, Pamela había envejecido muy aprisa. Había sido una joven hermosa y él la había conseguido rivalizando con un buen montón de muchachos que también pretendían su mano. Los había vencido a todos, pero luego, cuando surgió la parálisis, se dijo que, de entre el

grupo, él había sido el más estúpido. Había cargado con una mujer que no servía para nada. Algunos de aquellos competidores, cuando ahora se lo encontraban en la calle, le dirigían una sonrisa de sarcasmo al tiempo que le preguntaban por la salud de Pamela.

—¿Qué te pasa, Spencer? —Oyó que repetía ella.

Se pasó una mano por la frente.

—Estoy bien, nena.

Se puso en pie y cruzó la estancia.

—¿Es que vas a salir, querido?

—Sí.

—Dijiste que te quedarías en casa.

Sintió los ojos de ella sobre sí. Era la última vez que la veía. Por un momento, tuvo la impresión que ella sabía que él se iba para no regresar.

Fue incapaz de soportar aquella mirada y abrió la puerta saliendo de la estancia.

Tenía que darse prisa.

Entró en su dormitorio y sacó el pequeño maletín, del armario. Guardó allí unas cuantas prendas de uso personal, el cepillo de dientes, la pasta, un pijama, la máquina de afeitar... Pero la valija tenía un doble fondo. Y el compartimento secreto encerraba una colección de brillantes. Los había ido comprando con los beneficios conseguidos en la operación de los bonos falsos. Sí, allí tenía brillantes por valor de unos doscientos mil dólares.

Como Lex Morris, soñaba con su paraíso. Aunque se había reído de Lex en el fondo cuando le oyó referirse a aquel lugar de América del Sur. También él había soñado con uno de aquellos países de clima templado, con mujeres hermosas de piel morena y ojos de fuego. Sería la compensación, tenía derecho a un premio, a una recompensa, por haber soportado a Pamela.

Bueno, ya no podía esperar más.

Bajó la escalera y en ese momento se abrió la puerta del *living* y vio a su mujer en el hueco, sentada en el sillón de ruedas.

—Spencer...

—¿Sí, Pamela?

—¿Por qué te llevas la valija?

—Quizá me quede esta noche allí.

—Acércate, Spencer.

¿Qué quería ahora aquella mujer? No podía perder el tiempo.

—Nena, te llamaré en cuanto llague.

—Quiero verte la cara.

—Me estás viendo.

—Más cerca, Spencer...

—Perdona, Pamela, pero tengo mucha prisa.

—Ya lo sé, y por eso me gustaría tenerte un poco más a mi lado... Sólo unos minutos.

Manners apretó con fuerza el asa de la valija.

—Pamela, volveré enseguida.

Hubo un silencio. Ella lo seguía mirando.

Manners carraspeó.

—No puedo hacer esperar a Mulligan. Hasta luego, querida.

—Buena suerte, Spencer.

Manners sintió un escalofrío por la espalda. Volvió la cabeza.

—Hablas como si fuese una despedida.

—¿No lo es, Spencer?

—¿Qué tontería estás diciendo...?

—Durante todos estos años he aprendido a conocerte, Spencer.

—Ya me conocías cuando nos casamos.

—Sí, Spencer, te conocía, y debo decirte que me hiciste la mujer más feliz de la tierra. Encontré la dicha que había esperado, pero luego...

—Oh, sí, luego sobrevino tu enfermedad y tú cambiaste.

—¿Estás seguro, Spencer? ¿Fui yo quien cambié?

Spencer se maldijo para sus adentros. ¿Por qué le había dado oportunidad de entablar aquella conversación? ¿Por qué no salió de la casa cuando ella le deseó buena suerte...?

—Pamela, ya hablaremos de eso en otro momento.

—¿Por qué no ahora?

—No puedo —casi gritó él—. Por favor, Pamela, deja que me marche... Es urgente que vaya a la oficina.

Spencer notó que le resbalaba por la cara el sudor. Dirigió una última mirada a su mujer, abrió la puerta y salió al porche.

El aire fresco de la noche resultó confortante y llenó con él los pulmones.

Bajó la escalera y se dirigió por el camino de cemento hacia la verja.

Su coche negro se recortaba junto al bordillo de la acera. Ya sabía dónde tenía que ir, a Amarillo. Allí tomaría un avión para México.

Estaba a cinco yardas de la puerta enrejada cuando un hombre apareció allí. No podía ver su cara porque era una mancha oscura, pero sus ojos brillaban mucho.

—¿Mulligan?

—No, capitán. No soy Mulligan.

—¿Quién es?

—Ralph Brisson.

Spencer se estremeció. Sabía quién era Ralph Brisson. Un agente federal.

—No le conozco, Brisson.

—Agente del Departamento del Tesoro.

—¿Qué quiere el Departamento del Tesoro en esta ciudad?

—Estamos a la caza del jefe de una pandilla de traficantes internacionales.

—¿Por qué no fue a la oficina, Brisson?

—Preferí venir a su casa.

—Bueno, Brisson, me dirigía a mi despacho. Venga allá y hablaremos de eso.

—No necesitamos ir a la oficina, capitán. Es usted el hombre a quien voy a detener.

—¿Qué dice?

—Usted es uno de los dos jefes de la pandilla.

—Está loco.

—Se disponía a huir. Uno de sus cómplices, Morris, le dijo que habíamos interferido su teléfono. Morris acertó al advertirle que también estábamos escuchando su última conversación.

Manners apretó los maxilares.

Había llegado el momento de la crisis, pero no estaba dispuesto a perder el fruto de varios años de trabajo. En aquel maletín que manejaba con la zurda había una fortuna, la que él necesitaba para emprender una nueva vida, lejos de *Cross City* y de los Estados Unidos. No consentiría que se la quitaran.

Pero sólo había una forma de lograrlo. Abriéndose paso a tiros.

—Capitán, debe darse preso.

—Espere, Brisson. Usted está equivocado. —Su mano derecha estaba muy cerca de la funda donde tenía la pistola.

Brisson no tenía nada en las manos. Ahora podía verlo perfectamente.

De pronto se iluminó un espacio del jardín a su espalda. Lo vio por el rabillo del ojo.

Era Pamela, que había separado los visillos de la ventana. Quiso volver la cabeza para gritarle que se apartase de allí. No, ella no podía ver aquello. Iba a matar a un hombre. Tenía que hacerlo para seguir gozando de libertad.

—Capitán —oyó la voz de Brisson—. Deje el maletín en el suelo y levante las manos. Dese preso.

—No puede hacer eso. Soy un capitán de la policía. La suprema autoridad en *Cross City*.

—Sí, Manners, usted es la suprema autoridad, pero sólo le sirvió para vulnerar la ley. Soy un agente del Gobierno y tengo jurisdicción para detenerlo.

—Brisson, apártese de mi camino.

—Eso es imposible.

—Maldita sea, Brisson...

Manners tiró de la pistola al tiempo que saltaba del camino de cemento hacia el seto que había a la derecha.

Disparó mientras se derrumbaba, pero comprendió que no había tocado a Brisson porque el agente ya había desaparecido de junto a la verja.

De pronto, a la otra parte se produjo un fogonazo, casi a ras del suelo.

Manners sintió que la bala le mordía en el estómago y lanzó un chillido soltando el arma. Se quedó de bruces respirando entrecortadamente.

Oyó unos pasos y alzó la cabeza.

Vio a Brisson con el arma en la diestra.

—Usted lo quiso, capitán.

Manners se sintió morir. Volvió la cabeza a la ventana. Pero ya sólo vio los visillos echados. No, no pudo ver a Pamela antes de sumergirse en un pozo sin fondo, negro y frío.

EPÍLOGO

Ralph entró en la habitación donde estaban sus compañeros.

Patsy salió a su encuentro.

—¿Cómo fue todo?

—El capitán murió. Ofreció resistencia a su detención.

Uno de los operadores dijo:

—Hace un rato llamaron desde Nueva York para anunciar que cazaron a Andrew Sheridan en el mismo aeropuerto.

Llevaba una maleta que supuestamente encerraba material de la ONU. Ya sabes lo que contenía en realidad.

—Bonos del Tesoro.

El rubio Ken dio un suspiro.

—Bueno, todo acabó, y ya tenía ganas de eso... ¡Tres días de vacaciones...! ¡Y me está esperando mi pelirroja en Malibú!

El agente que había informado de la detención de Sheridan sacudió la cabeza.

—Hay contraorden.

—¿Qué?

—Hemos de dirigirnos a Washington inmediatamente. Nos quieren confiar otra misión.

—No, hombre...

—Quéjate al jefe si quieres.

—¡Y hay quien cree que un agente del Gobierno se pasa la vida de un maharajá...! ¿Qué le digo yo a mi pelirroja?

—Te fracturaste una pierna y no te puedes llegar a su lado.

—Tú no conoces a esa muchacha. Se buscará un suplente.

Ralph tomó a Patsy por el brazo y los dos salieron de la habitación.

No hablaron hasta llegar a la calle.

—¿Qué pasó con tío Jack, Ralph?

—Está detenido.

—¿Qué pena le impondrán?

—No lo sé, pero tendrá que pasar unos cuantos años en la cárcel.

—¿Y Andy?

—Será el que salga mejor librado. Tendrán en cuenta su tara y que se limitaba a obedecer.

Siguieron andando en silencio.

—¿Volverás a Nueva York, Patsy?

Ella se detuvo de pronto y volvió la cabeza.

—¿Cómo sabes que soy de Nueva York?

Ralph esbozó una sonrisa.

—Te dije que me interesé por ti. Pedí informes y me enteré de lo tuyo.

—Oh...

—Parece que tienes habilidad para manejar la botella.

—Tuve que hacerlo.

—Sí, Patsy. Lo sé.

—¿Es cierto que me crees?

—Desde luego, y por eso tú y yo vamos a emprender el regreso a Nueva York.

—Pero me detendrán, Ralph.

—Eso ya quedó arreglado.

—¿Cómo?

—Hice que interviniese un amigo mío de la policía. Sometió a interrogatorio a tu jefe y terminó por confesar la verdad. Resultó muy malo para él. La mujer tuvo que ser informada de la retirada de la denuncia y, ¿qué crees que hizo...? Estaba en la habitación de al

lado de su marido, pero se levantó de la cama, atrapó una botella de leche y se fue a la habitación de Hugges. Le rompió la botella en la cabeza.

Los dos rompieron a reír a carcajadas.

Luego, poco a poco, fueron quedando serios.

—Patsy, se me está ocurriendo una idea.

—¿El qué, Ralph?

—Casarnos.

La joven abrió la boca pero no consiguió decir nada.

—Estoy esperando tu respuesta, Patsy...

Ella se la dio enseguida, colgándosele del cuello y besándolo fuertemente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).